



Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Proverbio mortal

Brigitte está pasando unos días en Villa Tartaruga cuando llega una paloma mensajera. Número Uno no le hace caso, ya que prefiere disfrutar de la compañía de Brigitte a aceptar ningún trabajo, pero ella le convence de que debe aceptar ese trabajo en Oriente Medio, en el que parece estar involucrado un general chino, criminal de guerra, al que se dio por muerto. Por supuesto ella le acompañará.



Lou Carrigan

Proverbio mortal

Brigitte en acción - 259

Archivo Secreto - 243

ePub r1.1

Titivillus 04-06-2019

Lou Carrigan, 1978
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1







ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

Primero, notó en su oreja izquierda el contacto tierno y cálido que tan bien conocía. Luego, esos mismos labios musitaron la palabra que llegó con resonancias de dulzura a su oído:

—Amor…

Angelo Tomasini, Número Uno, se volvió un poco hacia la derecha, alzando este brazo; y Brigitte Montfort se cobijó en, él, apoyándola mejilla izquierda sobre su pecho. Angelo deslizó su mano izquierda hacia el cuerpo de ella, que estaba tibio, y acarició los desnudos senos, y luego la espalda, recta y tersa. Por la ventana se veía un tenue resplandor dorado, como una pincelada de oro diluido.

—Duerme —dijo Angelo—. Está amaneciendo.

—Ha llegado una de tus palomas: la he oído.

—Bueno. Duerme.

Brigitte alzó la cabeza, besó a Número Uno en los labios, suspiró, y volvió a quedarse dormida, sobre el pecho de él. Angelo Tomasini continuó mirando hacia la ventana. El resplandor hecho de polvo diluido de oro se fue oscureciendo. Se tornó rojo; un rojo vivo, intenso. Luego, fue suavizándose…

Sí. Estaba amaneciendo. Otro amanecer que veía en compañía de Brigitte. Cada uno de ellos, valía toda una vida para Angelo Tomasini, Número Uno, el mejor espía masculino de todos los tiempos.

Porque no siempre era así, ni mucho y menos. Lo corriente era que despertase y se encontrase solo, porque Brigitte Montfort, alias Baby, la espía más peligrosa del mundo, estaba en cualquier parte del mundo, arreglándolo un poco. Muy poco, porque cada día el mundo era más difícil de arreglar. Lo cual no quería decir que ella desistiese de sus propósitos.

Hacía pocos días que estaban allí. Se habían reunido en Cannes,

justo un par de minutos antes de que terminase el año mil novecientos setenta y cinco. Y después, un par de días en Cannes paseando, yendo al Casino, comprando cosas para Brigitte. Sólo un par de días, ya que, en el fondo, los dos deseaban hallarse en Villa Tartaruga, y no en cualquier otro sitio. Así que habían volado hacia allí, en la nueva avioneta de Angelo. Habían volado juntos, los dos solos, bajo el cielo azul y el sol de oro y sobre el mar de cristal…

Ahora, de nuevo tenía en casa a la única mujer que había amado realmente, y, por supuesto, a la única que podría amar en el resto de su vida. De la vida de ambos, ya que uno u otro podían morir en cualquier momento. El espionaje no es ninguna broma ciertamente. Pero ninguno de los dos podía dejarlo. Ella, porque no tenía suficiente con su labor de periodista, y él, porque no quería hacer otra cosa. Ella, porque estaba dispuesta a seguir ayudando a un mundo que no lo merecía. Él, porque en el fondo, como ella, no podía tolerar algunas cosas. Y porque ganaba dinero. Aunque ya tenía tanto, que un millón de dólares más o menos era indiferente.

Los dos tenían tanto dinero que, si se lo propusieron, quizá incluso podrían comprar la isla de Malta. Pero Número Uno no necesitaba tanto. Le bastaba un lugar como el que tenía, para poder recibir allí a Brigitte siempre que ella quisiera visitarlo. Una bonita villa cerca del mar, siempre a pleno sol, con jardín, piscina, flores, palomas mensajeras.

Palomas mensajeras.

Ella había oído una. Es decir, que alguno de los amigos, de Número Uno le había enviado un mensaje.

Pero Número Uno no sentía el menor interés por ningún mensaje que pudiese llegar de ninguna parte del mundo. Abrazó con más avidez el desnudo cuerpo de seda y de oro, que descansaba dulcemente junto al suyo, y cerró los ojos. Su mundo estaba allí.

Número Uno respingó cuando las gotas de agua fría cayeron sobre su pecho desnudo. Se sentó velozmente en la cama. Delante de él, completamente desnuda, secándose con una gran toalla, estaba Brigitte, riendo.

—¿Qué hora es?

—Para tu vergüenza, son casi las diez de la mañana.

—¿Tan tarde? Has debido despertarme.

—Lo habría hecho, para que me enjabonases, como siempre,

pero me pareció que debías estar muy cansado.

—¿Cansado? ¿Por qué? —Alzó las cejas Uno.

—¿Tengo que recordarte todo lo que ha pasado esta noche?

Angelo frunció el ceño, y reflexionó unos segundos. Por fin, casi sonrió.

—Sería la primera vez que lo hicieses. Como nueva experiencia, me gustaría oírte, sí.

—Pues te vas a quedar con las ganas. Las cosas ocurren, y eso es todo. Y, especialmente, el amor no necesita descripciones de ninguna clase.

—Eres tú la que decías algo de recordarme lo sucedido.

—Pues no pienso hacerlo. ¿Quieres que te traiga el desayuno a la cama?

Por un instante, Angelo quedó estupefacto. Luego, comprendió que era un modo de decirle que se levantase ya. Ninguno de los dos había desayunado jamás en la cama.

Saltó de ésta, se acercó a Brigitte, y deslizó las manos por los erguidos senos, que estaban fríos.

—Algún día te llevarás un disgusto, con esto de ducharte con agua fría.

—¡Qué calentito estás! —exclamó ella.

La toalla cayó al suelo. Brigitte se abrazó a Angelo, y alzó su boca en oferta. Angelo la tomó. La piel de ella estaba fría, pero él sabía que muy pronto se tornaría cálida Eran exactamente las diez menos tres minutos de la mañana.

A las diez y veinte, Brigitte estiro los brazos, se vio reflejada en las negrísimas pupilas de Angelo, y sonrió.

—Tendré que ducharme otra vez.

—Lo siento.

Ella le miró incrédulamente Y también comprendió lo que él quería decir; no sentía nada en absoluto, por la sencilla razón de que sabía que a ella tampoco le molestaba en lo más mínimo Todo lo contrario.

—¿Qué te gustaría desayunar? —se interesó.

—Cualquier cosa que tú prepares, estará bien.

—Lo dudo —rió deliciosamente Brigitte—. Pero puesto que tu ama de llaves, nuestra querida Mamma María, está disfrutando, en compañía de sus hijos, las vacaciones que tú le has dado, tendrás

que conformarte con lo que yo sepa hacer.

—No me ha ido mal en estos días, así que no veo por que hoy tendría que ser diferente.

—Me temo que mi desayuno no va a gustarte hoy.

—¿Por qué motivo?

—Ya lo verás.

—Pues me ha gustado —aseguró Uno, tocándose los labios con la servilleta—. Y hasta has aprendido a hacer el café bien cargado.

—Falta el último plato.

—¿Más comida? —Angelo la miro, en verdad sorprendido—. No me parece razonable, mi amor. Y como tú eres, razonable, y los dos hemos desayunado magníficamente, ese plato debe ser especial. ¿De qué se trata?

Brigitte se puso en pie, y se alejó de la mesita que había en el intimo y agradable rincón de la enorme cocina de Villa Tartaruga. Por el gran ventanal se veía el jardín, y al fondo las verjas de hierro forjado que rodeaban la propiedad. El mundo privado de Número Uno.

Sobre un mueble había otro plato, cubierto con una tapadera de plata. Brigitte lo tomó, lo llevó hacia la mesa, y lo depositó delante de Angelo, que murmuró:

—Entiendo que éste es el plato que no me va a gustar.

—Quizá sí.

Él alzó la tapa, y se quedó mirando el blanco papelito, con muchas dobleces, que había en el plato. Movió la cabeza.

—Creí que lo habrías olvidado.

—Pues no. Cuando volví a despertar, pensé que lo había soñado, que no había llegado realmente ninguna paloma. Pero, mientras tú te bañabas, he ido al palomar. Y no fue un sueño.

Uno asintió. Desdobló el papel; y leyó su contenido, que estaba en italiano. Traducido, decía:

> «*Signore*, importante asunto en Extremo Oriente. Gastos pagados, y posiblemente, prima de $ 100.
>
> *Enrico*».

Angelo encendió una cerilla. Con ella, el papel. Con el papel, un

cigarrillo. El papel se consumió sobre el plato.

Sólo entonces dijo Brigitte:

—Supongo que, de acuerdo a vuestro código, $ 100 significan cien mil dólares.

—Sí.

—¿Vas a aceptar?

—No.

—Hace tiempo que no trabajas, ¿verdad?

—No aparece ningún asunto que valga la pena —encogió los hombros Número Uno.

—Quizá éste valga la pena. Enrico dice que es importante, y debe serlo, cuando pagan cien mil dólares. Yo podría acompañarte.

—Ya me estás acompañando aquí.

—Sí, pero no es bueno que un hombre como tú no haga nada.

—¿Te parece que amarte es no hacer nada?

Brigitte se sentó en las rodillas de Número Uno, y le besó en la barbilla.

—Para serte sincera, esto de cocinar me está fastidiando un horror. Así que hasta que vuelva Mamma María, podríamos aprovechar para darnos una vuelta por el exótico Extremo Oriente… Y no me digas que no, pues sabes muy bien que me encanta la cocina china. Por otra parte, yo tampoco soporto la inactividad, así que ya estamos los dos igual. Y finalmente, ¿qué tiene de malo que tú y yo viajemos juntos por el mundo? A mí me parece que es maravilloso Tenemos tanto dinero que podemos viajar como reyes: los mejores medios de transporte, los mejores hoteles, los mejores restaurantes. Todo lo mejor. Incluido nuestro amor. Aunque no se si permitirte que vayas al Extremo Oriente, podrías quedar prendado de alguna dulce jovencita asiática, y traértela aquí como concubina.

—Entonces, es mejor que no vayamos.

—Lo que ocurre como siempre, es que temes que me ocurra algo. Entonces, te lo expondré de otro modo: si no voy contigo, es casi seguro que, en cuanto regrese a casa, tío Charlie me tendrá preparado algún trabajo para la CIA. ¿Que prefieres? ¿Llevarme contigo a Oriente o que yo tenga que viajar sola adónde la CIA quiera enviarme?

—Está bien —mascculló Angelo—. Estudiaremos el asunto.

—Bueno, —sonrió la divina espía—, pero me gustaría llegar a Roma antes de la noche, mi amor.

El buen Enrico les estaba esperando con un coche en Fiumicino. Llegaron a las cinco y media de la tarde en la avioneta de Angelo. Y antes de las seis, se acomodaban en el asiento de atrás del coche de Enrico, después que éste se hubiese lanzado a una serie de elogios y galanterías a Brigitte, que hicieron reír a ésta, pero fruncir el ceño a Número Uno.

—*La piu bella del mondo,* signorina. *¡La piu bella!* ¡Lo juro!

—Está bien, Enrico, pero no lo diga en voz tan alta, o todo el mundo va a enterarse.

Enrico quedó con la boca abierta. Luego lanzó una carcajada… ¡Como si la gente necesitase oírlo a él para saber que la señorita Brigitte era la más hermosa del mundo! ¿Acaso la gente no tenía ojos? Los tenía, y los utilizaban, desde luego. Nadie desaprovechaba la ocasión de admirar aquel cuerpo alto y espléndido, de líneas delicadas y rotundas a la vez; el fino cuello, el tono dorado de la piel, los sonrosados labios, los grandiosos ojos azules, los largos cabellos negros…

—¿Y qué asunto es ése? —masculló Número Uno.

—¿Cuál, *signore*? —Se volvió Enrico, sonriente, para mirarlo.

En seguida, enrojeció. Brigitte se echó a reír.

—Soy tan encantadora que Enrico ya ni siquiera recuerda que te envió una paloma con un mensaje.

—Oh, sí lo recuerdo, sí, señorita… ¡Ha sido un pequeño lapsus! Es que cuando la he visto a usted, mi cabeza se ha convertido en una matraca, ¿comprende? Al verla, me he dicho… Bueno, ya lo he dicho antes, *non é vero*. El asunto. El asunto, sí…

—Salgamos de aquí —dijo Uno.

Enrico puso en marcha el coche. Poco después, rodaban por la autopista Roma-Fiumicino, en dirección a la primera.

—Buscan, precisamente, a un americano —dijo de pronto, Enrico, ya en pleno tramo recto y monótono—. La noticia me llegó de París, de un amigo que tengo allá. Cuando supe que ofrecían cien mil dólares, le dije a mi amigo que yo tenía al hombre, y que enviase el recado al contratista para que viniese a Roma, precisamente al Albergo Tiziano. Mi amigo me llamó diciéndome

que el contratista había aceptado, y que salía hacia Roma. Lo estuve esperando en el Tiziano, y, como era muy fácil de identificar, lo vi en cuanto llegó. Es un oriental…

—¿Chino? —se interesó vivamente Brigitte.

—Pues no sé, señorita, porque a mí todos los orientales me parecen iguales. Pero no debe ser chino, porque el nombre que dio en el hotel fue Nem Phan, y a mi, eso no me suena a chino.

—Puede ser vietnamita —murmuró Uno—. ¿En que consiste el trabajo, Enrico?

—Ah, eso no quiso decirlo, señor. Dijo que antes de hablar de eso, quería ver al hombre que se iba a encargar del asunto. Dijo que había estado en París buscando gente adecuada, pero que sólo había visto algunos mercenarios que no le parecieron demasiado inteligentes, aventureros de tercera categoría. Y él quiere un hombre que no falle Hablará solamente con usted, señor.

—¿Dónde y cuándo?

—Quedamos en que yo le llamaría al hotel, en cuanto tuviese una respuesta de usted. Dígame dónde y cuándo quiere que lo cite.

—¿Y por qué tiene que ser un americano? —preguntó Brigitte.

—No lo sé, señorita.

—Eres tú quien quiere que yo me distraiga un poco —dijo Angelo, frunciendo el ceño—: todavía estamos a tiempo de seguir aburriéndonos en casa.

Brigitte tomó una mano de Uno, y sonrió. Eso fue todo.

—¿Qué le digo al oriental? —se interesó Enrico, después de convencerse de que ellos ya no seguían hablando.

—Dile que le escucharé —murmuró Uno—. Si la oferta me interesa, es decir, si el trabajo es digno de mi, aceptaré. Si se trata de cualquier tontería, lo rechazare bien entendido que será como si yo no me hubiese enterado de nada. No le digas quien soy. Sólo que, si acepto, terminaré el trabajo, y que si no acepto, no diré una sola palabra a nadie. Si él está conforme, cítalo a las diez y media de esta noche en Salvatore.

Capítulo II

Salvatore era una pequeña *trattoria* en el Trastevere, donde se servían magníficas *pizzas* de todos los tamaños y para todos los gustos. Era un lugar muy concurrido, abigarrado, donde la cena era amenizada por artistas invitados, que cantaban dulcemente acompañados a la guitarra.

Mientras unos clientes tomaban ya café, llegaban otros para cenar, otros acudían simplemente a tomar vino, y, en conjunto, el jaleo era tal que dos amigos podían coincidir una noche en Salvatore, y no verse allí dentro.

Y por último, el propietario era uno de los buenos amigos de Enrico, es decir, de Número Uno, por lo tanto, y en determinado momento, si era necesario, Uno podía desaparecer en la *trattoria* como si se convirtiese en parte del humo de los cigarrillos que flotaba en el local.

Efectivamente, el «contratista» era fácil de identificar.

Angelo pensó que parecía vietnamita, pero que nada tendría de sorprendente que resultase ser chino, a la postre. Estaba sentado a una mesita de un rincón, impasible, pero Angelo comprendió que la impasibilidad no era auténtica: aquel hombre no las tenía todas consigo, y era natural, porque en el rincón que estaba, no tenía escapatoria si alguien decidía acribillarlo.

Lo que significaba que si Angelo se sentaba también allí, podría ser acribillado sin escapatoria alguna.

Así que se fue hacia otra mesa, situada de modo más conveniente. Tan conveniente como había instruido Enrico a Salvatore al preparar la visita del *Signore*. Salvatore vio a Angelo, pero simuló no conocerlo, aquella noche. El espía ocupó la mesa que tenía un cartelito de reservado, y cuando un camarero acudió, pidió café y que le dijese al oriental de la mesa del rincón que le

estaba esperando.

Mientras encendía un cigarrillo, Angelo miró alrededor, sin excesivo interés. No le parecía probable que alguien quisiera tenderle una trampa, pero, si pretendían hacerlo, era absurdo ir a su terreno, o, cuando menos, a un terreno que los otros no tuviesen bien controlado, como era el caso de Salvatore.

Vio acercarse al oriental, que segundos después se detenía, ante su mesa, mirándolo sin expresión alguna. Angelo señaló una silla frente a él, y el menudo personaje se sentó. Menudo, delgado, de ojos pequeños y negrísimos, relucientes. También sus lisos cabellos eran negrísimos, pero con algunas canas en las sienes. Vestía con soltura a la europea, sin elegancia, pero correctamente. Angelo pensó que el aspecto de aquel oriental le agradaba. Debía tener casi sesenta años.

—¿Es usted el *Signore*? —preguntó en buen inglés.

—Sí.

—Mi nombre es Nem Phan. Soy vietnamita.

—¿Del Norte, o del Sur?

—Vietnamita.

Número Uno asintió. Ofreció un cigarrillo a Phan, que movió negativamente la cabeza.

—Me dicen que usted es un hombre que, si acepta un trabajo, lo termina siempre, *Signore*.

—Siempre —asintió Uno—. También le habrán dicho que, si no me gusta su oferta, la rechazaré, y que por mi boca nadie sabrá jamás lo que hemos hablado. Quiero que esto quede bien claro. Si no le interesa, la conversación ha terminado, señor Phan.

Éste miraba de uno a otro rasgo de Número Uno con lentos movimientos de sus pequeños ojos. Miraba las grandes manos de él, tan bronceadas, bellas y fuertes, el musculoso cuello seco y fibroso, las facciones angulosas, como grabadas en piedra; los negros ojos, grandes, de mirada directa y profunda, inteligente…

—Se trata —dijo de pronto Nem Phan— de sacar a un hombre de un monasterio de Tailandia.

—¿Un bonzo?

—Sí. Es decir, no. Está… refugiado en el Templo de las Mil Armonías, pero no es un bonzo. Es un hombre con grandes recursos económicos, y que, por lo tanto, ha podido convencer a la

comunidad del Templo de las Mil Armonías para que lo tengan allá. Se supone que en secreto. Sin embargo, nosotros nos hemos enterado de que él está allí.

—¿Quién es?

—El general chino Chiang Toi.

Angelo se quedó mirándolo fijamente, inmóvil de pronto, a través del humo de su cigarrillo. Su mirada, tan negra como la del vietnamita, pareció congelarse.

—Al parecer —murmuró—, usted ignora que el general chino comunista Chiang Toi falleció poco después del fin oficial de la contienda entre Vietnam del Norte y Vietnam del Sur.

—Y es evidente que usted ignora que eso fue una patraña —sonrió levemente Phan.

—¿Una patraña?

—Desde luego. El general Toi es la peor bestia que haya sido parida jamás de madre china. Como evidentemente usted sabe, los chinos tuvieron su participación en nuestra contienda, de muy diversas maneras… La manera en que intervino el general Toi, apoyando entonces a los del Norte fue… mal acogida por los del Sur. Muy mal acogida. Las actividades, consejos y órdenes del general Toi sobrepasan lo que podría catalogarse de crímenes de guerra. Hágase una idea de lo que ese chino llegó a realizar para que, al terminar la contienda entre el Norte y el Sur de Vietnam, él mismo optase por desaparecer.

—¿Está seguro de que no murió?

—Se dijo que había muerto, con el fin de ponerlo a salvo de inevitables represalias. El general Toi es uno de esos hombres a los que, después de una guerra, se asesina muy gustosamente. Él lo sabía, Pekín lo sabía…, y decidieron zanjar el asunto, y evitar complicaciones matándolo oficialmente. Para casi todo el mundo, Chiang Toi está muerto. Para algunas personas, esta vivo, y bien vivo, llevando una vida tranquila y apacible que no merece, en el Templo de las Mil Armonías, en Bangkok.

—¿Los monjes de ese templo saben a quién tienen en su templo?

—No nos parece factible que lo ignoren En primer lugar, Toi es chino, y los bonzos del Templo de las Mil Armonías han tenido que darse, cuenta de ello. En segundo lugar, sabemos que está utilizando el nombre de Tsie Lu, en sus relaciones con ellos, es

decir, que él se presentó con este nombre en el templo En tercer lugar, ahora se hace llamar allí dentro, y fuera, Pnih Maut. ¿Comprende esto?

—Según yo entiendo, Chiang Toi se presentó en el Templo de las Mil Armonías sabiendo que los bonzos se daban cuenta de que él era chino, así que dijo llamarse Tsie Lu. Con éste nombre, pidió cobijo en el templo, y que le proporcionasen otro nombre, naturalmente del país, mientras estuviese allí. Los bonzos le proporcionaron el de Pnih Maut, y, a cambio de esto y de tenerlo con ellos, Tsie Lu, es decir, en realidad el general chino Chiang Toi, les debe estar pagando espléndidamente.

—Exacto. Ahora, —nosotros queremos sacar de ahí a Toi.

—No parece que haya de ser muy difícil sacar a un bonzo de un templo, señor Phan.

—Por la violencia, no Pero a nosotros no nos interesa la violencia, de ninguna manera.

—¿Debo entender que no pretenden matar a Chiang?

—Nadie ha hablado de matar, por el momento. Lo que yo he dicho ha sido que se trata de sacar a un hombre de un monasterio de Tailandia. Y sacado vivo, sin violencia y sin escándalo, y con la seguridad de que no quedan en ese templo ningunos escritos realizados por ese hombre.

—Y todo eso, en contra de su voluntad, claro.

—¿De la voluntad de Toi? Bueno, *Signore*, eso sería exclusivamente cuenta de usted, aunque es bien cierto que nosotros tenemos alguna sugerencia que hacerle.

—Cuando usted habla de «nosotros»…, ¿a quién se refiere?

—A mí y a unos cuantos amigos.

—Sudvietnamitas.

Phan vaciló, pero acabó por encoger de hombros.

—¿A qué negarlo? Usted debe haberlo comprendido ya. Si, del Sur, en efecto. Nosotros queremos tener vivo a Chiang Toi, a fin de obligarle a confesar luego, públicamente, toda una serie de cosas que él personalmente, y China, y Vietnam del Norte, hicieron cuando la invasión final del Sur de Vietnam. No hace falta que entre en descripciones… ¿Le parece a usted que China es un país grande?

—Yo diría que enorme.

—Bien. Sí, en efecto, ésa es la palabra: enorme. Ahora, fíjese

bien qué haría Chiang Toi para que, una vez terminada la contienda y las cosas en vía de aclaración y posible arreglo, él no haya querido ni siquiera esconderse en un país tan enorme como China, sino que haya preferido marcharse a un monasterio discretísimo de Tailandia, donde, sin duda, debía tener algunos amigos. ¿Lo comprende?

—Sí. Ustedes quieren cazarlo vivo, tratarlo adecuadamente, y obligarle a confesar todo lo que él, China y Vietnam del Norte hicieron.

—O eso, o utilizarlo como una baza de presión para las conversaciones actuales. Dudo mucho que a China y a Vietnam del Norte les gustase que, en estos momentos, Chiang Toi dijese todo lo que sabe que hicieron unos y otros. Si nosotros capturamos a Toi, podemos presionar debidamente en las conversaciones, y conseguir determinados beneficios justos.

—Es una buena idea —admitió Número Uno.

—Eso pensamos. Lo difícil consiste en sacar a Toi de ese monasterio.

—Sigo pensando que no parece tan difícil.

—Tenga usted en cuenta que si Chiang Toi llegase a sospechar que nosotros podemos cazarlo vivo, se suicidaría. Así pues, no nos conviene la violencia de ninguna manera; si atacásemos, él comprendería que es nuestro objetivo, se suicidaría antes siquiera de que llegásemos a verlo. Por lo tanto, el asunto debe ser llevado a cabo con inteligencia y tacto.

—Entiendo que ustedes tienen alguna sugerencia para hacerme al respecto.

—Sí sí. Creemos que sería tranquilizador para Chiang Toi que usted se presentase como agente de la CIA.

—Ah. Ahora entiendo por qué buscaba usted un americano para este trabajo.

—Sí —sonrió levemente Phan— todo tiene siempre su explicación, ¿verdad? ¿Cree que podría hacerse pasar usted por un agente de la CIA?

Los párpados de Angelo Tomasini se abatieren un instante, quizá para ocultar la sombra que pasó por sus pupilas. Durante años, había sido el mejor agente de la CIA en Europa, el Número Uno de todo el Viejo Continente, hasta que la CIA le traicionó. ¿Que si

podía hacerse pasar por un agente de la CIA? La pregunta casi le hizo gracia, en el fondo.

—Puedo hacerlo —asintió con su habitual sobriedad.

—Bien. En ese caso las dificultades se reducen considerablemente. Digamos que así quedaría reducida a conseguir que usted entrase en el Templo de las Mil Armonías, con el beneplácito de su ocupante y que consiguiese contactos con Chiang Toi para convencerlo.

—Convencerlo, ¿de qué?

—De que los rusos han descubierto su paradero, y que se lo quieren llevar a Moscú. Ya sabe como están ahora los chinos y los rusos unos contra otros. Está claro que cualquier cosa que los rusos puedan exhibir contra los chinos, les parecerá de maravilla: Y presentar al criminal Chiang Toi con sus confesiones, en estos momentos, seria todo un triunfo moral soviético.

—Entiendo. La verdad es que no quisiera estar en el pellejo de Chiang Toi: Si lo cazan los rusos, lo van a exhibir como un monstruo de feria. Y si lo cazan ustedes, lo van a torturar, a fin de obtener confesiones de él que les permitan presionar en beneficio de las condiciones de integración de Vietnam del Sur en todo el Territorio nacional. Y si él se da cuenta de que van a cazarlo, parece que optaría por el suicidio… No es un futuro alegre, precisamente.

—Él se lo buscó.

—Supongo que sí. Hay otra cosa: ¿por qué Chiang Toi va a aceptar tratos con la CIA, que podría también utilizarlo para presionar a China o a Vietnam del Norte? En beneficio de Estados Unidos, se entiende.

—Eso es cierto. Pero, aunque la CIA hiciese eso, lo haría discretamente, y garantizándole a Toi, a cambio, la seguridad personal para el resto de sus días en Estados Unidos. Rusia, en cambio, lo haría público todo, y exhibiría a un criminal de guerra chino. En cuanto a nosotros, Chiang Toi debe saber que no lo pasaría bien, si cayese en nuestras manos.

—Ya. En resumen: Chiang Toi debe aceptar la ayuda de la CIA…, o suicidarse, ya que si la CIA lo ha encontrado puede significar que también pueden encontrarla los rusos y ustedes, entre otros muchos.

—Exacto, *Signore*. Entonces, tiene usted tres dificultades

iniciales. Una: conseguir entrar en el Templo de las Mil Armonías y ser recibido por el bonzo Pnih Maut, es decir, Tsie Lu, es decir, realmente Chiang Toi. Dos: convencerlo de que es de la CIA y de que su oferta es sincera y conveniente para él. Tres: salir con vida del templo, si Chiang se toma las cosas a mal y decide quedarse allí…, y que usted no salga. Ni que decir tiene, que si él acepta la oferta de usted, este último problema no existirá.

—Pero hay que prevenirlo.

—Si yo fuese usted —sonrió Phan— lo prevendría, desde luego. ¿Acepta el trabajo?

—Le llamaré a su hotel a las dos de la madrugada, señor Phan.

—¿No puede darme la respuesta ahora?

—No.

—Bien… Si necesita algo de dinero…

—No. Adiós, señor Phan.

Nem Phan asintió con la cabeza, se puso en pie, y se alejó hacia la salida de Salvatore: Angelo Tomasini introdujo la mano derecha bajo su chaqueta, hacia el bolsillo interior izquierdo y con un dedo cerró el canal de la pequeña radio de bolsillo, que todo el rato había estado funcionando. Pidió un coñac y encendió otro cigarrillo. Enrico, en una mesa que compartía con algunos amigos, le estaba mirando fijamente, y cuando Angelo le miró a su vez, negó con la cabeza, no, no parecía que Nem Phan hubiese acudido acompañado de nadie, todo estaba bien y tranquilo.

Angelo Tomasini se puso en pie cuando terminó su coñac y el cigarrillo y sacó unos billetes del bolsillo. Cuando iba a dejar uno sobre la mesa, captó la hosca mirada de Enrico fija en él, así que casi sonrió se guardo el dinero, abandonó Salvatore sin haber gastado ni una sola lira. Llamo un taxi, se acomodó atrás, e indicó:

—Palazzo Romano.

La *signora* Tomasini se reunió con su marido en la lujosísima *suite* que habían alquilado en el Albergo Palazzo Romano, hacia las doce y media de la noche. María Piamonte de Tomasini se colgó del cuello de Angelo Tomasini, le besó envíos labios, susurró:

—¿Todo preparado?

—Sí.

Angelo estaba en pijama y batín. Ella fue a ponerse una camisita

de puro cristal de color azul, y, mientras tanto, Angelo descorchó la botella de champaña «Perignon», y sirvió en dos copas que ya tenían en el fondo sendas guindas rojas, enormes En efecto, todo estaba preparado en la salita de la *suite*: el champaña, las flores el pequeño magnetófono a cassettes que emitía música clásica, las copas con las guindas Angelo se sentó en un sillón, tras apagar la luz, de modo que sólo quedó la de una pequeña lamparita de rincón.

Brigitte apareció en la salita, cubierta solamente con aquella camisita, y fue a sentarse en las rodillas de Angelo, que le pasó una mano por la espalda.

—¿Has pasado frío por ahí fuera?

—Mucho Cada día detesto más el frío pero en fin, cuando cerraste la radio comprendí que el contacto salía, así que me dediqué a seguirlo… ¡Qué bien se está aquí!

—La calefacción es buena —asintió Angelo—. ¿Te apetece ya el champaña frío?

—Sí, mi amor, gracias.

Bebieron los dos. Brigitte se mojó mucho a propósito los labios, y besó el cuello a Uno, que soltó un resoplido.

—¡Vaya una broma…!

—No es justo que tu estés tan calentito mientras yo paso frío.

—No, no es justo —Angelo se inclinó para besarla en el escote, tras mojarse los labios, y ella lanzó un gritito—. ¿Qué te ha parecido el asiático?

—Parece persona digna de confianza. Resulta agradable.

—¿No ha tenido contactos?

—No. Se fue directo a su hotel. Estuve esperando por allí, pero al fin me cansé, y además, estaba claro que él no iba a salir. Está esperando que le llames. De todos modos, si ha tenido algún contacto, habrá sido dentro del hotel. Pero no lo creo.

—Yo tampoco —murmuró Uno—. ¿Aceptamos? Podemos pasarlo muy bien en Bangkok…, y tenemos todos los gastos pagados.

—Hay un detalle que no me gusta. Todo lo que oí por mi radio era convincente, pero un detalle no me lo parece en absoluto.

—A mí tampoco.

—Ah… ¿Sabes a qué me refiero?

—Supongo que al hecho de que si Chiang Toi, les hizo feas jugarretas, consideradas como crímenes de guerra a los sudvietnamitas, también se las haría a los norteamericanos, que luchaban con ellos… Eso significa que tampoco los americanos podemos sentir la menor consideración hacia el general Toi. Él tiene que saberlo. Y en ese caso, ¿por qué Nem Phan piensa que Chiang Toi aceptará tratos con los norteamericanos?

—Me gustaría saber eso. ¿Y a ti?

—También —admitió Uno.

—Llama a Phan, y dile que aceptas, entonces.

—Gracias por tu autorización.

—¡No seas tan quisquilloso! —rió Brigitte—. Anda, llama.

—Le dije que le llamaría a las dos.

—A las dos —deslizó Brigitte sus labios por el cuello de Angelo Tomasini— ni tú ni yo sentiremos el menor interés por ese pequeño vietnamita. A menos que estés enfadado conmigo, y esta noche vayas a ignorarme, mi amor.

Uno acercó el teléfono que había sobre la mesita, y pidió comunicación con el señor Nem Phan, en el Tiziano. El contacto fue inmediato.

—¿…?

—He adelantado la llamada para decirle que acepto el negocio, señor Phan. Dentro de dos o tres días estaré en Bangkok.

—…

—No; no. Seré yo quien le llamará a usted. Dígame dónde puedo encontrarlo allá.

—…

—Yo tampoco tengo por norma facilitar el modo de localizarme. Tómelo o déjelo.

—Está bien. No, no se preocupe, no anoto nada; mi memoria es excelente. Le llamaré en cuanto ocurra algo que usted deba saber.

—Puedo arreglármelas. Ya pasaremos cuentas en Bangkok, no se preocupe por eso… ¿Qué?

—No, no. Para mí todo está ya lo bastante claro, así que no necesito más instrucciones. Eso es todo, señor Phan. Buenas noches —Número Uno colgó el auricular, y miró los relucientes ojos de Brigitte—. ¿Qué decías, acerca de las dos de la madrugada?

—Ya veo que estaba equivocada. ¿No hay nada que yo pueda

hacer, y que consiga hacerte enfadar?

—Ser tonta.

—¡Pues me parece qué nunca podrás enfadarte conmigo! ¿O quizá has querido decir que soy tonta?

—Eres insensata. Y extraordinaria. Hace unos minutos has llegado helada por el frío de la calle. Y aun así, has insistido en que bebamos el champaña frío que yo debía tener preparado. Así las cosas, lo lógico sería que continuases teniendo frío, que tu piel estuviese helada… Y no. Está tibia.

—Me parece que el tonto eres tú —susurró la espía más, peligrosa del mundo—. Estoy sentada en tus rodillas, casi desnuda, bebiendo champaña, rodeada de calefacción y con una hermosa noche de amor, como son todas las nuestras, por delante… Te estoy besando, tú me estás besando a mí, noto tus manos en mi cuerpo, sé que me amas y yo te amo a ti más que a mi vida… Si, en estas condiciones, tuviese frío no sería una persona normal.

—Verdaderamente, soy tonto —susurró también él—. ¿Quieres más champaña?

—Luego —Brigitte acercó sus labios a los de Angelo—. Después, mi amor… Ahora, llévame volando a nuestro mundo maravilloso…

Capítulo III

Treinta y ocho horas más tarde, el avión de Air India, procedente, de Calcuta, aterrizaba en el aeropuerto de Don Muang, a unos treinta, kilómetros de Bangkok, la rutilante capital de Tailandia; antes Siam, pero definitivamente Tailandia en honor a los thai, de ascendencia china, que tanto habían influido en la cultura y desarrollo del país Thailand, es decir, Tierra de los Thai.

El aeropuerto de Bangkok era menos impresionante que el de Xalculta, pero, aun así, los hombres miraron con expresión ardiente y casi sexualmente agresiva a la hermosa pasajera de los ojos azules que viajaba sola.

En el avión, docenas de pares de ojos la habían estado devorando con descaro brutal. En tierra firme, y ya cumplidos los trámites oficiales por parte de los pasajeros recién llegados, dos de éstos, dos hindúes de ojos de fuego y barbudos rostros de labios gruesos, salieron del departamento de pasaporte en pos de la señorita Brigitte Montfort, dispuestos a todo. La persecución fue enconada y estremecedora, pero muy corta, porque, en el bar del aeropuerto, la señorita Montfort se reunió con un hombre que, al aparecer, la estaba esperando. Un hombre blanco, de buena estatura, cabellos rubiales y ojos claros. Parecía americano. Estaba tomando té, fumaba en pipa, y, sobre el mostrador, ante él, tenía un libro escrito en inglés.

La señorita Montfort ocupó un taburete azulado, y dijo:

—Hay dos hombres, dos hindúes, que me están siguiendo, pero no nos preocupemos por ello. Sus intenciones son buenas, Simón.

El agente de la CIA asintió, volvió la cabeza, y tras ver a los dos hindúes, que se habían detenido en seco, musitó:

—¿Buenas intenciones?

—Quiero decir que ni son espías ni pretenden matarme —sonrió la divina espía—. Todo lo que están buscando es el modo de

secuestrarme para llevarme a la cama.

—¿Y a eso llama usted buenas intenciones?

—Son menos malas que pretender clavarme un cuchillo en la espalda. Bien, anteanoche hice una llamada por mi radio de bolsillo, en Roma, solicitando una información que debería ser facilitada en este lugar y a esta hora. Supongo que usted ha sido el encargado de presentarse aquí a tomar té, fumar en pipa, mostrar un libro editado en inglés… y asustar a mis admiradores.

Simón, agente de la CIA, volvió de nuevo la cabeza, y alzó las cejas, divertido. En efecto, los dos hindúes habían desaparecido.

—Vaya, ¿qué le parece? Resulta que soy un tipo útil para algo: he asustado a dos personajes que sólo de verlos ya me asustaban a mí. De todos modos, ándese con cuidado, cuando esa clase de sujetos se encaprichan de una mujer, son capaces de cualquier barbaridad.

—Lo tendré en cuenta. Hábleme de su informe. ¿Lo tiene?

—Respecto al general chino Chiang Toi, sí. Está muerto. Pero antes de morir…

—No está muerto.

Simón miró a Brigitte, un tanto sorprendido. Rápidamente, su expresión cambió, mostrando estupefacción, y finalmente, éxtasis.

—Qué hermosa es usted —suspiró—. ¡Qué hermosa es, Baby!

—Gracias. —Sonrió Brigitte.

—Las que a usted le sobran. ¿No está muerto?

—No.

Simón-Bangkok se rascó pensativamente una ceja.

—Bueno: —murmuró—, cabe la posibilidad de que docenas de agentes de la CIA y cientos de informadores de quinta categoría hayan sido engañados. ¿Es eso lo que trata de decirme?

—Mis noticias son que está vivo.

—No. Está muerto, Baby. Muerto y bien muerto y remuerto. Y nadie habrá llorado por eso fue uno de los cerdos chinos más grandes de toda la Historia. Hasta, tal punto, que la CIA obtuvo determinadas impresiones respecto a que fueron los propios chinos quienes eliminaron a Chiang Toi, en cuanto la contienda terminó oficialmente.

—Eso fue lo que se dijo, lo qué se hizo correr, pero Toi está vivo.

—Si usted lo dice, yo no se lo discutiré. Pero para todo el

mundo, y en especial para los ficheros de la CIA, el general Chiang Toi está muerto.

—¿Tiene alguna fotografía de él?

—Bueno, ése es un material tangible, y todavía no he llegado. Los informes, en cambio, han volado sobre las ondas. Ya sé que también las fotografías pueden hacerlo, pero tenemos el receptor estropeado Así que las fotos tienen que llegar en material tangible. No creo que tarden más de un par de días. ¿Quién le ha dicho a usted que el general Toi está vivo?

—Un sudvietnamita.

—Bueno, mi informe es de que está muerto. Supongo que ya no necesita usted más indicaciones por mi parte.

—¿Nos está vigilando alguien. Chinos, rusos, Vietnamitas, laosianos?

—Nadie Me he asegurado bien.

—Bien. Dos días son demasiados. ¿No habría modo de recibir antes esas fotografías de Chiang Toi?

—Lo siento, pero no.

—Espero, al menos, que serán auténticas.

—Procedente la Central y son para usted —sonrió Simón— así que comprenderá que el material será de primera categoría. Por otro lado, he sido escogido para atenderla a usted precisamente porque tuve la desdicha de conocer al general Toi, así, qué si las fotos no fuesen de él, lo sabríamos al instante.

—¿Lo conoció usted?

—Le vi tan bien como la estoy viendo a usted ahora —Simón se pasó la lengua por los labios; su rostro estaba pálido—. Pero preferiría no haberlo conocido jamás. Y fui de los afortunados, ya que pude escapar de Hanoi, antes de que él la tomase en serio conmigo, un milagro. Mi presencia aquí es un milagro. Yo sé que Toi está muerto, pero si algo no hubiese funcionado bien, y estuviese vivo, quiero que cuente conmigo para cortarle la cabeza: yo no me conformaría con tres dedos.

Diciendo esto, Simón sacó la mano izquierda del bolsillo del pantalón, y la puso sobre el mostrador. Brigitte la miró, y palideció al ver las amputaciones: a Simón le faltaban los dedos meñique, anular y corazón. Cuando miró los ojos del espía, le pareció ver en el fondo de ellos negras llamaradas de odio.

—Quiero que entienda, Simón, que el asunto en el que estoy trabajando es particular, no tiene nada que ver con la CIA.

—No importa. De todos modos, sabe muy bien que la CIA está a su disposición. En cuanto a mí, pídame lo que quiera, lo que sea.

—Por el momento, quiero que permanezca inactivo, sólo atento a mis posibles consultas. Nada más.

—Está bien. Ya conozco su sistema de operar, así que no se preocupe: no le causaré problemas. ¿Quiere que le hable de Toi?

—No —Brigitte miró la mano mutilada—. No es necesario. Puedo imaginarme perfectamente como es, o fue, el general Chiang Toi. Volveremos a vernos, Simón.

Brigitte bajó del taburete. Simón la asió de un brazo.

—Si esa bestia está viva, quiero saberlo —dijo con voz ronca.

—Haré lo posible por enterarme.

La espía se alejó del bar. Diez minutos más tarde, ya recogido su equipaje, viajaba en un taxi hacia Bangkok, llevando sobre sus rodillas el maletín rojo con florecillas azules. Estaba muy cansada del rápido viaje, que había tenido que preparar a toda prisa, así que decidió que lo mejor sería que aquella noche se dedicase a descansar.

Eran casi las cinco de la tarde cuando la señorita Montfort, periodista norteamericana, se instalaba en el Mae Nam Hotel, en el barrio residencial de Thon-Buri. No era el mejor, pero tampoco era el peor. Ningún problema de idioma, puesto que ella hablaba siete.

Apenas instalada en su habitación, sacó del maletín la pequeña radio de bolsillo, y con el delgado punzón cambió la disposición de las placas, hasta sintonizar la onda que solamente utilizaba en Malta.

Entonces, apretó el botón de llamada.

No hubo respuesta.

Cerró la radio, la guardó y se dedicó a colocar sus cosas en el armario. La formidable cámara fotográfica «Fujica», de reducido tamaño, así como el tomavistas, los dejó sobre una mesita, y, junto a ellas, estuches con películas de repuesto para una y otra máquina. Era lo mejor que había encontrado en Roma, pero ciertamente, si, contra lo que esperaba, en Bangkok veía algo mejor lo compraría. Tenía que fotografiar y tomar películas del Templo de las Mil Armonías y sus alrededores…

Es decir, esto era lo que habían convenido, pero… Desde luego, Simón se había mostrado segurísimo de que Chiang Toi estaba muerto. Y debía haberse asegurado bien de que el hombre que le había cortado tres dedos, quizá de un hachazo, estaba muerto. Y si Chiang Toi estaba muerto. ¿Qué pretendía el vietnamita Nem Phan, haciendo todo aquel teatro? ¿O simplemente Nem Phan estaba equivocado? ¿O era la CIA la que estaba, equivocada? La CIA y todo el mundo, claro, ya que todos creían muerto a Chiang Toi.

Tras reflexionar no menos de quince minutos sobre el asunto, mientras desde la ventana contemplaba el lento discurrir del río Chao Phraya, Brigitte decidió salir a dar un paseo por la ciudad. Y puesto que a medida que iba bajando el sol se sentía menos cansada, y de todos modos iba a pasear, ¿por qué no llegarse al Templo de las Mil Armonías?

—Trescientos —sonrió el tailandés que la había llevado en su carrito—. Más, más de trescientos, señorita, pero éste es el que usted busca, sí el Templo de las Mil Armonías.

Para entonces, Brigitte estaba ya convencida de que en efecto, había en Bangkok más de trescientos templos. Era increíble.

—Este muy bonito —el *coolie* sonreía con toda su juvenil faz exótica y hermosa—. Las Mil Armonías, eso está bien, sí. Conozco bonzo. ¿Usted quiere conocer bonzo?

Brigitte miró vivamente al muchacho, que hablaba un inglés más que aceptable.

—Sí. —Asintió—. Me gustaría conocer a un bonzo, hablar con él. Me gustaría tomar fotografías y películas de todos los bonzos, y de cosas de ahí dentro. ¿Puede conseguirlo?

—Todo puede conseguirse —sonrió aún más el muchacho.

—Entiendo. ¿Cincuenta dólares?

—¿Dólares de Hong Kong?

—Dólares USA.

El muchacho abrió unos ojos como platos.

—Usted fotografiar todo, todo Yo vuelvo enseguida. Usted aquí, con carrito.

—Aquí le espero —rió Brigitte.

Había una enorme puerta, seguramente de madera de teca, con adornos dorados de metal, a la que el muchacho llamó: Brigitte

decidió aprovechar el tiempo, y retrocedió hasta que pudo tomar unas fotografías de la fachada del templo. Cerca de ella otros turistas de varias nacionalidades y razas hacían lo mismo. Pasó una bandada de palomas. El calor cedía lentamente. Delante del templo había una pequeña explanada. A la derecha, unos jardines. La espía internacional iba tomando fotografías. Con ellas y con una explicación verbal, él tendría suficiente, antes de acercarse al templo. Ninguno de los dos descartaba la posibilidad de una trampa, aunque no tenía sentido, ya que Nem Phan jamás habría podido imaginar que buscando un aventurero de categoría en París, iba a encontrarse en Roma con Número Uno y Baby. Nombres que, por otra parte, ni siquiera habían sido mencionados. Para Phan; ella no existía, y en cuanto, a Número Uno, lo conocía únicamente cómo el *Signore*.

Brigitte iba pensando y tomando fotografías. Se volvió, y tomó algunas, rápidamente, de la parte de la explanada que hasta entonces había estado a su espalda, con algunas casas al fondo. Volvió a enfocar el templo… y entonces, en el visor de la cámara fotográfica vio al muchacho tailandés haciéndole señas. Disparó la última foto, y se acercó.

—Mi amigo bonzo quiere saber para qué usted quiere las fotografías y eso.

—Soy periodista. Quiero hacer un reportaje sobre Bangkok, y sobre sus templos, y me gustaría tomar como modelo el de las Mil Armonías.

El muchacho recuperó su sonrisa.

—Usted viene conmigo.

Entraron en el templo, y la puerta fue cerrada de nuevo. En la penumbra, Brigitte distinguió el tono azafranado de una túnica, y el brillo de una cabeza rapada. Su introductor estaba hablando con gran suavidad. La espía distinguió mejor al bonzo, poco a poco. Él la miraba, y de pronto sonrió, inclinando la cabeza.

—El templo está cerrado ahora —dijo en perfecto inglés—, pero me dice Donh que usted quiere hablar sobre los templos de Bangkok y sobre los bonzos, en los periódicos.

—Así es. ¿Puedo hacerlo?

—Me gustará poder ayudarla, señorita. ¿Es usted americana?

—De Nueva York.

—Ah… Gran ciudad. Venga, venga por aquí. Ahora hay poca luz, pero las encenderemos. De todos modos, quizá preferiría ver el patio en primer lugar.

—Bueno, no sé…

—Lo digo porque los bonzos nos reuniremos aquí dentro de poco a rezar, y creo que será un momento más interesante para tomar fotografías o película. Hasta entonces, puedo enseñarle el templo y darle cuantas explicaciones precisas, si le parece bien.

—Es usted muy amable.

—Donh asegura que es usted una persona agradable y generosa; lo cual es también una manera de ser amable.

—Yo espero afuera —dijo Donh— con carrito para llevar a la señorita a su hotel. ¿Sí?

—Claro —le sonrió Brigitte.

La azafata japonesa de la JAL sonrió al pasajero que durante todo el vuelo Tokio-Bangkok la había tenido tan impresionada: el hombre alto de hombros finos y anchos, ojos negros, cabello color cobre, barbilla como hecha de roca…

—Deseamos que haya tenido buen vuelo, señor.

—Gracias —la miró apenas el hombre.

Se llamaba Angelo Tomasini, y la azafata suspiró cuando le vio descender del avión, sin hacerle la menor proposición de índole privada. Hacía más de tres años que era azafata de vuelo, y en este tiempo, muchos hombres le habían hecho ofertas de varias clases. Y justamente aquel hombre, del cual habría aceptado cualquier oferta, parecía que ni siquiera había reparado realmente en su existencia.

—¿Qué…? —Apareció otra azafata junto a la primera—. ¿Cómo te ha ido con el italiano?

—Nada. Me parece que ni siquiera se ha dado cuenta de que existimos. Debe ser un hombre muy serio.

—O marica —rió la otra—. Anda, vamos a desembarcar nosotras también…

Todavía, un rato después, pudieron ver al italiano Tomasini tomando un taxi, después de cumplidas las formalidades oficiales. Luego, lo perdieron de vista… mientras el chófer del taxi, por el contrario, vuelto hacia su pasajero, le contemplaba a sus anchas.

—Podemos ir al Oriental o al Indra Regent, señor —dijo en francés—. Los dos son muy buenos, de lujo. Pero el Indra Regent es

más moderno. Hay sala de fiestas, y tiendas, piscina con jardín, cocina china, japonesa, tailandesa… Estará muy bien allí, señor.

—De acuerdo.

Casi una hora más tarde, el señor Angelo Tomasini estaba instalado en un magnífico dúplex del Indra Regent Hotel. Su equipaje constaba de una sola maleta y un maletín de considerable tamaño y peso, que depositó sobre la cama. De la maleta sacó un cartón de cigarrillos americanos, del cual separó un paquete. Un paquete muy especial, que contenía una pequeña radio de bolsillo, ya dispuesta con la onda que sólo él y otra persona utilizaban, y sólo mientras permanecían en Malta. Tiró de uno de los cigarrillos, efectuando la llamada. No hubo respuesta. Frunciendo el ceño ligeramente, Angelo miró su reloj de pulsera. Eran las siete y cinco de la tarde, pronto, velozmente, se convertiría en noche.

Dejó la radio junto al pesado maletín, y se dedicó a colocar sus ropas en el armario, hosco el gesto. Según lo convenido, Brigitte debía haber llegado a las cuatro de la tarde a Bangkok, procedente de Calcuta, donde se habían separado la noche anterior. Por lo tanto, si estaba ya en Bangkok, ¿por qué no contestaba? ¿Era posible que ya se hubiese metido en un lío?

Después de vaciar la maleta, volvió a llamar, con el mismo resultado negativo. Luego, abrió el maletín, dejando al descubierto la primera bandeja con instrumental quirúrgico de muestra. Oficialmente, el *Signore* Angelo Tomasini era representante para ventas en todo el mundo de instrumentos para cirugía, fabricados con acero sueco, americano y alemán de una casa exportadora de Alemania Federal. El muestrario era muy completo, así que nadie podía sorprenderse del peso de aquel maletín.

De lo que si se habrían sorprendido muchas personas era del doble fondo estrechísimo del maletín en cuestión, y en el que, desmontada, había una automática, tres cargadores, varios pasaportes, dinero, y un facsímil de telegrama en el que, en inglés, se leía:

«To CIA, USA: Number One is Dead».

Quizá algún día, por mediación de la CIA, aquella noticia llegase, muy discretamente, a conocimiento de la famosa periodista señorita Montfort, que residía en el Crystal Building de Nueva York… Quizá algún día.

Uno montó la automática, y colocó uno de los cargadores. Se guardó la pistola, volvió a llamar por la radio, y, al no obtener respuesta, un destello sombrío pasó por sus oscuros ojos. Encendió un cigarrillo, se sentó en una butaca, y se dispuso a esperar. A esperar sin desesperar. Incluso tratándose de ella, sería demasiado que, nada más llegar a Bangkok, ya se hubiese complicado la vida…

—La vida debe ser muy agradable para ustedes —decía en aquel momento la señorita Montfort—. Me refiero, naturalmente, a que no hay mayores satisfacciones que las que se obtienen a través del espíritu. Las comodidades materiales no tienen la menor importancia.

—Al menos, no demasiado —sonrió el bonzo—. De todos modos, lamentablemente, somos seres humanos, con necesidades materiales, que no podemos descuidar, si queremos continuar viviendo… con el fin de disponer de tiempo para perfeccionar nuestro espíritu.

Brigitte mostró la más amable de sus sonrisas. Llevaba colgando del cuello la cámara fotográfica y el tomavistas, con las que había estado trabajando dentro del Templo de las Mil Armonías; en la mano izquierda, pasada el asa por la muñeca, llevaba el maletín rojo con florecillas azules, del cual extrajo cinco billetes de veinte dólares, que entregó al bonzo.

—Me gustaría contribuir a la conservación y magnificencia del templo —dijo, adelantándose a la protesta protocolaria del bonzo—. Sólo lo justo para ayudarles a que insistan en la búsqueda de la perfección.

El bonzo juntó las manos e inclinó la rapada cabeza. Luego tomó los billetes, que desaparecieron entre los pliegues de su túnica.

—Espero haberle sido útil en su trabajo, señorita Montfort. El Templo de las Mil Armonías estará siempre abierto para usted.

—Muchas gracias, Teh Nam. Repasaré muy pronto el material conseguido esta tarde, y, si me pareciese que se podía añadir algo, volvería por aquí.

Brigitte se dirigió hacia la puerta, mientras el bonzo replicaba:

—Hágalo de todos modos.

Le sonrió, pensando que, ciertamente, no le resultaría desagradable volver por el templo, y pasear por su jardín, y tomar película de los silenciosos bonzos que se habían reunido para rezar.

No se había oído nada. Simplemente, habían aparecido… Teh Nam había encendido las luces, que arrancaron destellos a los Buda colocados en pedestales al fondo del templo. Budas que parecían de oro, pero que sólo debían tener un baño de tal metal, pues, de haber sido macizos, valdrían una auténtica fortuna…

Tras una última despedida, se encontró fuera del templo, cuyas pesadas puertas se cerraron tras ella. Miró, sorprendida, a su alrededor, tras comprobar que Donh no estaba allí, esperándola con el carrito para llevarla al hotel, tal como habían convenido.

Estaba anocheciendo rápidamente.

Pero pudo ver a la perfección al hombre que se acercó a ella, despacio, observándola con cierta malicia, como si algo le divirtiese y le irritase al mismo tiempo. Era un hombre de raza blanca, estatura mediana, hombros muy anchos, rasgos faciales muy marcados, cejas hirsutas y ojos de un azul clarísimo, que se plantó ante ella y dijo, en inglés:

—El coolie se ha marchado porque se lo he ordenado yo. En cuanto a usted, debo decirle que hay cerca dos hombres que la están apuntando con otras tantas pistolas: las usarán si, cuando yo comienzo a caminar, no camina usted a mi lado.

Capítulo IV

Sin darle tiempo siquiera a replicar, el hombre comenzó a andar, alejándose del templo. Brigitte reaccionó de un modo lógico e inteligente, es decir, empezó a caminar a su lado. Por el momento, eso no comprometía a nada, y evitaba un peligro que quizá fuese cierto.

—¿Qué desea de mí? —preguntó tranquilamente, mirando al robusto personaje.

—¿Es usted americana?

—Sí.

—¿Pero trabaja para los americanos o para los chinos?

—Trabajo para un periódico americano, naturalmente.

—¿Es periodista? —La miró el hombre, sonriendo—. ¿De verdad?

—Si se fija bien en mí, verá que no es tan sorprendente.

—¿Ha estado tomando fotografías ahí dentro?

—¿En el Templo? Sí, claro. A eso he venido.

—¿Ha venido a tomar fotografías del interior del templo?

—En efecto.

—Entonces… ¿por qué me fotografió antes a mí, en el exterior?

—¿A usted? ¿Para qué quiero yo una fotografía suya?

—Eso es lo que me he estado preguntando todo el tiempo. Estaba fotografiando el templo, desde luego, lo cual me parecía normal y corriente, ya que miles de personas lo hacen. Pero de pronto, se volvió y comenzó a fotografiarme a mí. ¿Por qué?

—Está confundido. Ni siquiera le había visto, no me he fijado en usted en ningún momento. Lo que debía hacer, al volverme, fue tomar fotografías del entorno del templo. No es culpa mía que usted estuviese en el campo de visión de la cámara.

—¿Y por que tenía que fotografiar el entorno del templo?

—Me pareció adecuado para mi reportaje. Aún no sabía que

podría entrar en el templo y fotografiar lo que quisiera.

—¿La han dejado fotografiar todo lo que ha querido?

—Así es.

—Dígame, exactamente, que ha fotografiado.

—El jardín, algunas salas de oración, la nave central del templo con los bonzos rezando, el refectorio, la cocina, la lavandería. No recuerdo nada más.

—¿Ha fotografiado a todos los bonzos del templo?

—¿Cómo quiere que sepa si estaban todos los bonzos del templo? ¡No se me ha ocurrido preguntarlo! Simplemente, había muchos bonzos allí, y los he filmado. ¿Puedo saber que desea usted de mí, en definitiva?

—Vamos a dar un paseo en barca por los klong.

Brigitte se detuvo en seco.

—No pienso hacer semejante cosa. Y le advierto…

—No sea estúpida. Se está jugando la vida. Y con todas las bazas en contra. No sé si es capaz de comprenderme. Al menos, espero que si entienda esto en el mismo momento en que usted no camine a mi lado recibirá unos cuantos balazos en la espalda.

El hombre reanudó la marcha, y, tras breve vacilación, Brigitte se colocó a su lado. No perdía nada, de momento, y quizá ganase algo, a fin de cuentas, el interés de aquel hombre por el templo, la inquietud de saberse fotografiado, podían tener un significado interesante…

—¿Qué lleva en ese maletín? —señaló el hombre.

Brigitte todavía pudo ver la sortija con la joya piedra en el centro; una piedra plana y ovalada, seguramente un rubí engarzado en la sortija, y recogiendo los últimos destellos rojos y morados del día.

—Cosas de mujeres —replicó.

El hombre le dirigió una mirada de soslayo, volvió a mirar el maletín, y frunció el ceño. Estaba haciendo esfuerzos por recordar algo; su memoria estaba trabajando activamente, en busca de un dato que no conseguía recordar. Mientras tanto, Brigitte había llegado ya a una conclusión sumamente interesante sobre el hombre: era ruso. Seguro, era ruso. Hablaba el inglés muy bien, pero era ruso. Lo cual comenzaba a complicar seriamente las cosas, pues podía significar que los soviéticos también habían localizado al

general que se suponía fallecido, Chiang Toi.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el ruso.

Brigitte apretó los labios. Él la miró, sorprendido por su silencio, y sonrió al ver su resuelto gesto de permanecer callada.

—¿Qué le pasa? ¿Se le ha caído la lengua?

—No. Dígame quién es usted.

El ruso se echó a reír, y señaló hacia adelante.

Bangkok es llamada, y con razón, la Venecia de Oriente. Irradiando del río Chao Phraya, cientos de canales se expanden por toda la ciudad, comunicando por sus oscuras aguas los puntos más distantes. Ciertamente, hay coches en Bangkok, pero la mayoría de sus habitantes prefieren viajar por los *klong*, o canales que se extienden como una interminable telaraña. Por los canales circulan taxis anfibios, lanchas de todas clases, barcazas llenas de turistas, juncos, sampanes, motonaves… En el distrito de Bisnulok, o barrio popular, las viviendas están montadas sobre estacas a la orilla del río, se vive prácticamente en las barcas o piraguas, utilizando la vivienda casi exclusivamente para dormir. El resto del tiempo, los sonrientes habitantes de Bangkok se lo pasan en sus barcas, que son utilizadas como tiendas, despachos, puntos de reunión… Todo está lleno de barcas, unas cargadas con frutas, otras con flores, otras con pescados, que acostumbran despedir un intenso olor, no precisamente agradable…

Una de estas barcas con olor a pescado estaba amarrada a la orilla del canal junto al cual se detuvo, por fin el ruso, que la señaló.

—Salte a esa barca.

Brigitte Baby Montfort no tenía ya la menor intención, de discutir. Por el contrario, le interesaba muchísimo continuar junto al ruso, así que saltó a la barca, cargada con sus cámaras y su maletín. El ruso saltó tras ella y puso en marcha el pequeño motor fuera borda que había en la popa. La piragua comenzó a navegar suavemente por las aguas marrones que ya casi parecían negras. La noche iba llegando, era inminente. Por todas partes se veían luces desplazándose como en una dulce flotación. Por el otro lado del canal llegaba el resplandor de la iluminación de Thon Bun, el barrio residencial y, Brigitte volvió la cabeza, pero no vio tras la piragua ninguna otra que les estuviese siguiendo, ocupada por dos hombres.

Miró al ruso, que sonrió y sacó una pistola de debajo de la camisa.

—Ahora sí es verdad que está bajo amenaza de un arma. No se ponga nerviosa.

—Me ha engañado usted.

—Claro. Pero ahora ya puedo apuntarla con mi propia pistola. No se preocupe, no le va a pasar nada, si es usted inteligente.

—Soy inteligente —dijo Brigitte—. Pero me pregunto si usted lo es lo suficiente.

El ruso volvió a reír. Con la mano derecha empuñaba la pistola. Con la izquierda la caña del timón al que iba montado el motorcito. En menos de un minuto, se encontraron rodeados de canales y de casas construidas sobre pilares de madera. Ya era de noche. Se olía a flores, a pescado podrido y a excrementos. En alguna parte, Brigitte oyó una risa de mujer. Una risa que no podía ser confundida con ninguna Era la risa del amor, ese juego divertidísimo en Oriente:

Llegaron a un canal bastante más amplio. Pasó una barcaza llena de turistas, muy iluminada. Y las luces se reflejaron en la pistola del ruso y en la piedra roja de su sortija.

Abandonaron el canal ancho, después de cruzarlo. El ruso metió la piragua bajo una de las casas sostenidas en postes hincados en el lecho del río, después de parar el motorcito. Quedaron debajo del piso de la casa, junto a una escalera de simples travesaños de madera, que ascendía y desaparecía en el interior de la casa. Desde donde estaba, Brigitte vio a medias a un niño colocado en el borde de la plataforma de otra casa cercana, orinando hacia el canal…

—Hemos llegado —dijo el ruso—. Quédese donde está, y suba detrás de mí, cuando yo se lo indique. Si intenta alguna tontería, le volaré la cabeza de un balazo.

Permaneció inmóvil mientras él subía. Le vio desaparecer, pero enseguida reapareció su cabeza, por el hueco.

—Suba ya.

Brigitte comenzó a subir la escalera, que estaba resbaladiza y olía a podrido. El ruso estaba tendido en el piso de la vivienda, pero comenzó a incorporarse cuando ella apareció. La ayudó a subir, tendiéndole la mano izquierda, que Brigitte aceptó. La vivienda constaba de una sola pieza, con dos ventanas sin batientes, por las que entraba el resplandor de las luces del exterior. Todo olía tan

mal que ya lo mismo daba estar en un sitio que en otro.

—Vaya a sentarse a…

Baby había decidido tomar ya la iniciativa. Así que, sin darle mayor importancia, apartó con su brazo izquierdo la mano derecha del ruso, y al mismo tiempo subió su rodilla derecha, aplicando un golpe certero en el bajo vientre del hombre, justo en los testículos. El ruso lanzó un bramido ahogado, y se encogió instintivamente, de tal modo que el *tsuki* le alcanzó con tremendo impacto en el centro de la frente. Brigitte lanzó un bufido de dolor cuando debido al golpe que esperaba aplicar en el cuello, sus nudillos crujieron al estrellarse en la frente del ruso, que se desplomó hacia atrás como un saco pesadísimo; todavía pudo ver Brigitte un instante sus ojos en blanco, antes de que quedase de espaldas en el piso, en la zona oscura, adonde no llegaba bien la luz del exterior.

Agitó graciosamente la mano derecha, la espía más peligrosa del mundo se inclinó, asió al ruso por las manos, desplazándolo hacia la zona más iluminada Recogió la pistola, luego busco el maletín donde lo había dejado caer, lo abrió, y metió la pistola dentro.

En la oscuridad, estuvo contemplando, vacilante, la esfera luminosa de su relojito de pulsera. Por fin, tomó la radio, y llamó.

—¿Si?: —oyó la voz masculina que habría identificado entre todas las del mundo.

—Hola, amor.

—Llegue a la hora acordada, y te he estado llamando tal como convinimos.

—Lo sé, pero no he podido contestarte hasta ahora.

—¿Por qué?

—Es un poco largo de contar Además, tengo aquí a un ruso que estaba rondando el Templo de las Mil Armonías.

—¿Crees que necesitamos a ese ruso para hacer lo que tenemos que hacer?

—Pues. Bueno, supongo que no, pero…

—En ese caso, te espero. Estoy en el Indra Resent. ¿Que sabe ese ruso de ti?

—Absolutamente nada. Pero yo tampoco sé…

—Entonces, déjalo dondequiera que estáis, y ven al hotel. Voy a pedir la cena. ¿Cuánto crees que tardarás?

—Pongamos una hora.

—Está bien.

Número Uno cortó la comunicación, y Brigitte se quedó mirando la radio con el ceño fruncido. De pronto, sonrió, y guardó la radio. En cierto modo, él tenía razón: quería hacer las cosas a su manera.

En la penumbra, Brigitte se quedo mirando al desvanecido soviético. ¿Podía servir de algo? Seguramente, no, porque Uno tenía todos los datos necesarios, así que no tenía por que complicarse la vida relacionándose con los rusos. Sin embargo, quizá el ruso se la complicaría a ellos, pues volvería a vigilar el Templo de las Mil Armonías, o quizá tomase mayores iniciativas, si es que realmente estaba metido en aquel asunto, cosa que a Brigitte, en principio, le parecía poco probable. La decisión fue tomada en cuestión de segundos. A un espía ruso (si es que lo era) no le iba a sentar mal dormir cuarenta y ocho horas seguidas. Así pues, Baby reventó ante el rostro del ruso una de las ampollas de gas narcótico de larga duración, tras protegerse con una de las mascarillas. Luego colocó al ruso cómodamente sobre una manta que había sobre un montón de paja en un rincón de la vivienda.

—Que descanses, amiguito —sonrió.

Recogió todas sus cosas, descendió a la piragua, y puso en marcha el motorcito.

Número Uno se puso en pie al verla, y acudió a su encuentro, indiferente a las miradas que le dirigían las mujeres, y no menos indiferente ante el pasmo de los hombres que contemplaban a la recién llegada al restaurante de cocina tailandesa del Indra Regent.

Uno vestía de esmoquin. Brigitte acudía con un vestido de noche de color azul pálido, de tremendo escote, que permitía lucir su piel dorada… Recibió a Angelo con un beso, y sonrió.

—Naturalmente, si me invitas a venir aquí es que nadie te estaba esperando en el aeropuerto para vigilarte.

—Naturalmente. Pero, de todos modos, la precaución de llegar por separado, no estaba de más.

—¿Cuándo me vengo aquí, contigo?

—No sé. Todavía tengo que llamar a Nem Phan.

—¿Sabes que ese viejo tramposo te está engañando?

—¿En qué?

—Parece indiscutible que el general Chiang Toi murió.

Llegaron a la mesa, y Número Uno apartó una silla, en la que se

sentó Brigitte. El silencio de pasmo era total en aquel instante en el comedor tailandés del Indra Regent. Uno se sentó frente a Brigitte. Mientras tanto, un camarero había acudido rápidamente, y el espía encargó un aperitivo a la americana, luego sólo dos platos pare la cena: «Gang Tom Yam» «Garg Pet». Rechazó el «Prikinou», ofrecido por el camarero, considerándolo demasiado fuerte para Brigitte.

Por fin, miró a ésta, cuando el camarero se alejaba con el pedido.

—¿Cómo lo sabes?

—El agente de la CIA que han designado en Bangkok para asesorarme lo ha asegurado. Y tiene buenos, motivos para haberse interesado por Chiang Toi.

Mientras tomaban el aperitivo, Brigitte puso a Número Uno al corriente de todo lo que había hecho, desde que llegara. Uno no la interrumpió ni una sola vez.

—Está bien —dijo cuando ella terminó—. En mi opinión sea lo que sea, está ocurriendo algo importante en ese templo, pues de otro modo, no tiene sentido que hubiese un ruso vigilándolo. Pero si va a dormir dos días no tiene sentido que vayamos allá a interrogarle.

—Puedo despertarlo inyectándole el suero especial.

—No. Puesto que has entregado las fotografías y la película a Simón para que las revele, esperaremos eso. Aunque mientras tanto, no perderemos nada entrando en contacto con el viejo tramposo Nem Phan: es obvio que tiene que facilitarnos una descripción, o mejor aún una fotografía del hombre que tenemos que sacar vivo de ese templo. Por cierto ¿te parece factible?

—Si él no quiere salir, no sería posible sacarlo de allí sin recurrir a la violencia.

—En ese caso, deberíamos convencerlo de que acepte salir con nosotros del templo.

—Yo podría encargarme de eso —sonrió Brigitte—. Tengo mejor carácter que tú, y como resulto más simpática, quizá tenga alguna probabilidad de convencerlo.

—Estudiaremos esa posibilidad. Tengo una pregunta que supongo también está en tu mente: si el hombre que tenemos que sacar del templo no es el general Tiang Choi ¿quién es?

—¿Mao Tse Tung? —sugirió Brigitte, sonriendo de nuevo.

Angelo frunció el ceño.

—Tiene que ser alguien importante. Bien creo que debemos ocuparnos ahora exclusivamente en cenar, y luego llamaré desde aquí mismo al viejo Phan, a ver qué me dice. ¿Estás de acuerdo?

—Yo siempre estoy de acuerdo con todo lo que tú digas o hagas.

—Sorprendente —replicó Uno.

Y Brigitte se echó a reír.

Hora y media más tarde, mientras Brigitte terminaba su té en el salón de un bar del hotel. Angelo Tomasini fue a telefonear a Nem Phan. Regresó en pocos minutos, se sentó en un sillón frente a Brigitte, y le ofreció un cigarrillo.

—Cuando lo termines, iremos al encuentro de Phan. Aunque en realidad, no vale la pena que tú te molestes: simplemente, vamos a encontrarnos en el canal para que me entregue la fotografía de Chiang Toi.

—¿De modo que insiste en eso?

—Dice que Chiang Toi está en el Templo de las Mil Armonías con el nombre de Pnih Maut, pero que llegó con el nombre chino de Tsie Lu, y con la cara cambiada.

—¿La cara cambiada?

—Al parecer, cambió su fisonomía por medio de cirugía facial. Por eso nadie podría reconocerlo. Excepto nosotros, claro, que llevaremos una fotografía de su actual rostro.

—Santo cielo —se pasmó Brigitte—. ¡Ese viejo tramposo cree que tú eres un imbécil!

—Peor para él —dijo secamente Número Uno.

Capítulo V

Tomaron un taxi acuático, que los llevó hacia el Canal Central, esto es, al curso del Chao Phraya propiamente dicho Las oscuras aguas discurrían en silencio y mansamente, salpicadas de luces de colores que llegaban desde las orillas y de las embarcaciones que las surcaban.

Desde el interior del taxi, Angelo y Brigitte vieron la señal en una lancha que apareció desplazándole hacia el centro exacto de la corriente en el lugar y hora convenidas Fue sólo un destello de luz, procedente sin duda de una pequeña linterna.

Angelo dijo en francés:

—Vaya al encuentro de aquella lancha, y navegue junto a ella.

El taxista tailandés asintió, y realizó la maniobra impecablemente. Las dos lanchas quedaron una junto a otra, deslizándose suavemente, corriente abajo. En la otra lancha apareció el rostro de Nem Phan por un lado de la cerrada cabina. Angelo le hizo un gesto, y se volvió hacia Brigitte, que permanecía en la penumbra de la cabina del taxi acuático.

—No hace falta que te conozca a ti.

—Ten cuidado —musitó Brigitte.

—Si me hubiese hecho venir desde Roma a Bangkok sólo para matarme, él sí demostraría ser un completo imbécil. No te preocupes, estaré de vuelta en un minuto.

Número Uno salió de la cabina, y saltó ágilmente, con seguro gesto, a la otra lancha. Desapareció dentro de la cabina, en un abrir y cerrar de ojos. Dentro de la del taxi, Brigitte miraba no muy tranquila hacia la otra lancha, en la que viajaban por lo menos tres hombres: el conductor, que veía perfectamente, Nem Phan, y otro sujeto, también oriental, cuyo rostro había entrevisto un instante dentro de la cabina, frente al de Phan…

Pasó una gran barcaza adornada a todo lo largo con farolillos de

colores encendidos. Junto a la borda, los turistas eternos saludaban a todas las embarcaciones que pasaban junto a ellos, y algunos tomaban fotografías, utilizando *flash*. Las luces de colores penetraron en la cabina del taxi que ocupaba Brigitte, dando a su rostro varias tonalidades. Se colocó de lado, desplazándose completamente a, la esquina del asiento.

Entonces vio la lancha que se acercaba a buena velocidad, directa, hacia ellos.

Su vacilación duró un par de segundos solamente.

—¡Angelo! —llamó—. ¡Uno!

Mientras tanto, introdujo la mano derecha bajo el vestido de noche, y despegó de un tirón la pistolita que llevaba adherida a la cara interna del muslo izquierdo. Sin importarle ya las luces de colores, se asomó por la ventanilla, y apuntó hacia la lancha que llegaba lanzada a más velocidad a cada segundo. Una lancha grande y sólida, que podía pasar a través del taxi y de la de Phan, cortando ambas como si fuesen de papel.

Brigitte volvió su demudado rostro hacia el taxista, que la contemplaba desconcertado y asustado.

—¡Empuje a la otra lancha! —le gritó—. ¿No está viendo que ésa se nos echa encima?

En el mismo instante en que, por el hueco de la ventanilla de la lancha de Phan, aparecía el rostro de Uno y el brillo de su automática, Brigitte disparaba hacia la otra lancha, hacia el pequeño punto que significaba la gorra blanca del hombre que la pilotaba, apenas visible dentro de la encristalada cabina alta.

Plof, chascó la pequeña pistola de cachas de madreperla.

A veinte metros, el cristal delantero de la cabina de la gran lancha estalló en un extraño surtidor, que pareció de miles de diminutas estrellitas. La gorra blanca desapareció, la gran lancha pareció saltar, tras emitir un fuerte rugido de motores. Pareció que se fuese a detener de pronto pero volvió a aumentar la velocidad, mientras en la borda; fuera de la cabina, aparecían tres hombres.

El Tailandés, que conducía el taxi, estaba gritando como un loco, viendo venir hacia él la gran lancha de aguda proa. Dejó de empujar la lancha de Nem Phan, apartándose, con tal oportunidad, que la gran lancha pasó entre el taxi y la de Nem Phan, provocando un brusco oleaje y salpicaduras en tal abundancia que una cortina

de agua pasó por encima del taxi, mientras Brigitte se cobijaba en el interior de la cabina.

Desde allí, vio a Uno profundamente salpicado de agua, disparando hacia la gran lancha, que se alejaba río abajo Pero muy poco trecho, pues de pronto comenzó a virar, alzando un auténtico muro de agua y blanca espuma. Las tranquilas aguas parecían haber sido despedazadas, como si fuesen de cristal.

—¡No te muevas de ahí! —Oyó Brigitte el grito de Angelo.

Lo vio salir de la cabina, colocarse junto al aterrado piloto de la lancha de Phan, y darle instrucciones. El hombre aumentó la velocidad de la lancha, alejándola del taxi anfibio… y Uno consiguió su propósito, esto es, atraer hacia él la gran lancha, en cuya borda, los tres hombres esgrimían ahora sus pistolas. Brigitte volvió a ver en la cabina de mandos la gorrita blanca, y comprendió que, sólo había herido al piloto, y que éste conservaba fuerzas suficientes para seguir gobernando la lancha.

—Vas a ver esta ver esta vez —musitó Baby.

Plof.

La gorra volvió a desaparecer y la lancha efectuó tal salto en esta ocasión, que uno de los hombres que estaban junto a la borda, salió despedido por encima de ésta, hacía las alborotadas aguas, girando en el aire como un muñeco con tal fuerza que Brigitte pensó que muy fácilmente podía romperse la espalda.

La gran lancha había virado de nuevo, describió un asombroso circulo, como si estuviese anclada de popa y partió rauda hacia la orilla derecha del Chao Phraya, ocasionando el pánico en embarcaciones más pequeñas. Brigitte vio saltar a los otros dos hombres, y comprendió que lo hacían por propia voluntad, escapando del desastre que lógicamente estaban viendo llegar.

Y llegó.

Sin colisionar con ninguna otra embarcación, lo cual fue poco menos que un milagro, la gran lancha llegó a la orilla, donde se estrelló de proa contra uno de los embarcaderos. Fue todo un espectáculo: primero saltó en blancas astillas, como un huevo lanzado contra una pared, y acto seguido explotó en una roja llamarada que quedó oculta rápidamente por una gran bola de humo negro, que tomó forma de hongo y ascendió como si fuese una masa sólida disparada…

Se oían bocinas y claxons, y gritos, y rugir de motores. La gente corría hacia el embarcadero… En el taxi, Brigitte estaba dando frenéticas órdenes al aterrado tailandés:

—¡Vaya hacia la otra lancha! ¡Deprisa!

Mientras tanto, Angelo Tomasini regresó al interior de la cabina de la de Nem Phan, y colocó la punta de su automática bajo la barbilla de éste, que comenzó a chillar.

—¡No tengo nada que ver con esto, no es cosa mía!

El oriental que estaba sentado frente a Phan comenzó a moverse, llevando la mano derecha al sobaco izquierdo, pero Uno captó su movimiento, sin mirarlo siquiera. Lanzó su mano izquierda hacia atrás, de lado, y el canto acertó al oriental en el centro de la nariz, que reventó en un surtidor de sangre; el hombre emitió un alarido, y se derrumbó en el asiento, fulminado.

—¡No! —gritaba Phan—. ¡Deben ser rusos, no sé nada! ¡Es a mí a quien querían matar! ¿Por qué había de tenderle una trampa tan estúpida, colocándome yo mismo de cebo?

Angelo Tomasini apretó un instante los labios, que parecieron un cepo de acero.

—Me interesaré por todo esto, Phan. ¿Dónde le llamo la próxima vez?

—No lo sé… ¡No pienso volver al sitio cuyo teléfono ya conoce usted! Dígame dónde está, y yo le…

—No. Tenga —sacó el paquete de cigarrillos—: es una radio. Yo le llamaré cuando lo considere conveniente. Y, entiéndalo bien, Phan, si está jugando limpio conmigo, yo jugaré a su favor Pero si juega sucio, será mejor que se corte usted mismo la cabeza.

Tiró la radio a las manos de Nem Phan, salió de la cabina, y miró hacia la lancha-taxi, que estaba llegando. Miró al piloto de la lancha de Nem Phan.

—Aléjese de aquí, en cuanto yo haya saltado.

El hombre se limitó a asentir con la cabeza. Angelo saltó al taxi, metió la cabeza por la ventanilla de la cabina, y vio a Brigitte, que a su vez le contemplaba ansiosamente.

—¿Estás bien? —preguntaron los dos a la vez.

Uno soltó un gruñido, y se irguió.

El taxista le contemplaba, fascinado, con la cabeza vuelta hacia él.

—A toda velocidad, lo más lejos posible de aquí —dijo Uno—. Y no se detenga por nada.

La desorbitada mirada, del tailandés, fue hacia la automática que todavía empuñaba Número Uno. Luego dedicó toda su atención a los mandos, aumentando la velocidad. Por alguna parte, se oía el ulular de una sirena, y unos destellos azules aparecían río arriba y en los embarcaderos. Junto a éstos, la gran lancha era sólo una masa ardiente, rodeada de humo negro.

Mientras el taxi se alejaba, Uno miro hacia las aguas, pero no pudo ver a ninguno de los hombres que habían saltado a ellas desde la lancha grande.

Guardó la pistola, y entró en la cabina.

—Estás mojado —dijo Brigitte.

Angelo Tomasini se quedó mirándola con el ceño fruncido. Luego le pasó un brazo por los hombros, la atrajo hacia su costado, y la besó en los labios.

La lancha taxi continuaba río abajo.

Con cien dólares americanos en el bolsillo, el conductor tailandés de la lancha-taxi se alejó del lugar donde había desembarcado a la notable pareja, dispuesto a olvidar el incidente, con tal de que nadie le pidiese cuentas de aquella pequeña fortuna. Para él, aquel par de extraordinarios seres no existían ni habían existido nunca. Los cien dólares USA sí existían. ¡Vaya si existían!

—Está un poco más abajo —dijo Brigitte—. Pero si hemos de ir a despertar al ruso que dejé en aquella choza, deberemos pasar antes por mi hotel, para recoger mi maletín.

—Está bien. ¿Cuántas radios llevas?

—Siempre llevo dos.

—Tendrás que darme una; la mía la tiene Phan.

—¿Te das cuenta? Ya te dije que los rusos intervienen en esto —Brigitte se tomó de su brazo, y echaron a andar, alejándose del embarcadero—. A menos que Phan te haya engañado también en esto, y los hombres de la lancha grande no sean rusos.

—¿Qué podrían ser, si no?

—Americanos —musitó Brigitte.

—Sería una gran jugada de Phan —asintió Uno—: un americano luchando contra otros americanos… Pero éstos no serían de la CIA, ya que si la CIA estuviese operando aquí, en algo especial, tu Simón

te lo habría dicho, ¿no es así?

—Supongo que sí.

—Entonces, deben ser rusos. No me parece factible que los ingleses, los franceses o cualquier otros tengan interés por un general chino… que ya falleció. ¿No podríamos acercarnos a tu hotel, utilizando la piragua que le quitaste al otro ruso?

—Es mejor ir a pie, y volver por ella. Estaremos de vuelta en menos de veinte minutos. Déjame ver otra vez la fotografía de Tsie Lu, es decir, de Pnih Maut, es decir, de Chiang Toi.

Uno le tendió la fotografía, y Brigitte pudo verla ahora con más luz. Era el rostro de un chino que podía tener alrededor de cincuenta años. Un rostro sereno y apacible, de mirada apagada. Eso era todo.

—¿Lo viste en el templo? —preguntó Uno.

—Si lo vi, no me fijé en él.

—Eso quiere decir que no lo viste: lo recordarías.

—Quizá sí. De todos modos, sí estaba por allí, tiene que aparecer en las fotografías o en la película que tomé.

—Suponiendo que él, al verte tomar esas fotografías y la película, no se asegurase de que no aparecía en ellas. Es lo que habríamos hecho tú y yo, si fuésemos el general Toi, ¿no es así?

—Y. él no tiene por qué ser más tonto —musitó Brigitte; asintiendo con la cabeza, y devolviendo la fotografía a Uno.

Caminaron hasta llegar cerca del Mae Nam Hotel, donde se separaron. Angelo se quedó esperando a Brigitte, que tardó apenas diez minutos en regresar, con el maletín. Volvieron hacia el río, y Brigitte señaló hacia donde, horas antes, había dejado la piragua con motor fuera borda. El lugar estaba un poco más abajo de donde los había dejado el taxista tailandés, y la piragua continuaba allí. La vieron desde cierta distancia, y Número Uno decidió asegurarse de que todo estaba bien. Obligó a Brigitte a quedarse más arriba, él fue a la piragua, saltó a bordo, y estuvo un par de minutos simulando examinar el motor, mientras esperaba que algo sucediese.

No sucedió nada. Así que puso en marcha el motorcito, y pasó a recoger a Brigitte.

—¿Estás segura de que sabrás encontrar esa choza? —preguntó, tras ayudarla a saltar a bordo.

—Sí. Tardaré más o menos, pero la encontraré.

Capítulo VI

Efectivamente. Tardó un poco más de lo que había pensado, pero la encontró. Pare entonces, era cerca de la una de la madrugada, y el bullicio había cesado El silencio era prácticamente total. Sólo se oía, de cuando en cuando, el chasquido del agua contra uno de los postes que sostenían las casas, al ser movida por la piragua. Brigitte recordó el chiquillo que había visto orinando en otra de las cabañas, y miró hacia allí. Sí, estaba en el sitio, seguro.

—Ya habían parado el motor hacia un par de minutos, y Uno había metido la piragua allí, bajo la choza, a golpe de pértiga. Tras unos últimos chasquidos del agua contra las pilastras, todo quedó en silencio de nuevo.

Brigitte abrió el maletín, sacó su bolígrafo de oro, que contenía una diminuta linterna: diminuta, pero eficaz. Número Uno se la quitó de la mano, y le hizo un gesto. Sin esperar la reacción de ella, subió por la escalera resbaladiza de madera. Segundos después, Brigitte vio brillar un instante la luz; otra vez; y otra vez.

Subió también, ayudada por Uno Ya ambos de pie junto al rectángulo de acceso, Brigitte emitió una risita.

—Esto no es precisamente Villa Tartaruga, ¿verdad, mi amor?

—Huele de un modo repugnante.

—Sí. Bueno, voy a preparar el inyectable para…

—No te molestes.

—¿Qué?

Número Uno le puso una mano en la cintura, y la empujó suavemente hacia donde dirigió el haz de luz delgadísimo. Es decir, hacia donde Brigitte Baby Montfort había dejado al ruso. Por un momento, temió que sus compañeros se lo hubiesen llevado. Pero no.

El ruso continuaba allí, tendido sobre la manta. Brigitte se acuclilló a su lado, y Número Uno acerco más la linternita, de modo

que el área de luz se amplió sobre el pecho y rostro del ruso de los ojos claros.

—Dios mío —tartamudeó Brigitte—. ¡Dios bendito! El ruso estaba destrozado a puñaladas. Era espantoso, alucinante, increíble. Tenía cuchilladas en el pecho, en el abdomen, en el bajo vientre, en el rostro, uno de cuyos ojos había sido pinchado brutalmente. El espectáculo era tan horrendo que Brigitte cerró los ojos.

Estuvo así unos segundos. De pronto, los abrió, respingando.

—Uno, quizá nos hemos; metido en una trampa.

—¿Por qué crees que te he permitido subir? Por el momento, estás más segura aquí arriba que en la piragua.

—Pero si estamos rodeados…

—Ya veremos De todos modos, no es fácil cazarnos a nosotros. Toma, aguanta tú la luz, voy a ver si encuentro en sus bolsillos algo que pueda orientarnos. ¿O ya lo hiciste tú?

Brigitte sostuvo la linterna, y Número Uno se dedicó a registrar los bolsillos de la ropa del muerto, evitando en lo posible tocar la sangre ya seca.

—Está muy frío. Debe hacer varias horas que lo mataron. ¿Estás segura de que nadie os siguió, cuando vinisteis aquí?

—Creo que no. Bueno, lo seguro es que no nos siguió ningún amigo de él, pero quizá lo hicieron otras personas. ¿Cómo iba a fijarme en tantos orientales que navegaban con nosotros? Además, nadie parecía sentir interés. No tiene la sortija.

—¿Que sortija?

Una mano de Brigitte apareció en la luz, señalando una del cadáver.

—Tenía una sortija con una piedra roja. Se la han quitado.

—Va a resultar que han sido unos canallitas locales los que se han cargado al ruso, para robarle —mascullló Uno—. Sea como sea, no tiene nada en los bolsillos. Absolutamente nada. Me pregunto si vivía aquí, o tenía este lugar para emergencias. Vamos a echar un vistazo.

El vistazo no sirvió de nada. Era una cabaña sórdida, húmeda y sucia, en la que no cabía pensar que alguien fuese tan loco de guardar algo de importancia. Evidentemente, el ruso tenía aquel lugar sólo para determinados momentos, como podía ser el de llevar allá un prisionero o que quisiera tener a buen recaudo.

—Estamos perdiendo el tiempo aquí —dijo Uno.

—¿Quién lo habrá matado?

—Me sorprendería que no encontrases la respuesta, tarde o temprano —replicó Angelo—. Bien, no te muevas de aquí. Yo voy a intentar salir, a ver qué pasa.

No pasó nada.

No había trampa alguna. Simplemente, alguien había apuñalado al hombre que Brigitte creía un agente ruso, y se había marchado, de eso hacia horas. Sólo eso.

Minutos después, los dos se alejaban de allí, a bordo de la piragua. Brigitte sacó una de las radios de su maletín, y la introdujo en un bolsillo interior del esmoquin de Número Uno, que gobernaba la embarcación.

Pasmosa pareja, elegantísima pareja, con vestido de noche, que navegaba por sucias, pringosas, pestilentes aguas. Brigitte volvió a recordar al niño orinando, y luego, a dos jóvenes que se lavaban la cara y las manos en las mismas aguas.

—No entiendo esto —murmuró—. No lo entiendo, Uno.

—Ya buscaremos una solución. Si el ruso…

—No, no… No hablo de eso. Hablo de la gente, del mundo, de las personas y las cosas, de las costumbres y de los privilegios Nosotros vivimos en un mundo donde compramos cepillos para los dientes que han sido esterilizados, desinfectados y yo qué sé cuántas cosas más; cepillos que incluso pueden ser eléctricos, para evitarnos el fatigosísimo trabajo de mover nosotros la mano de un lado a otro. Y en el mismo mundo, en el mismo planeta, a sólo unos miles de millas de distancia, hay gente que se lava la boca en aguas donde otros han orinado y defecado y han tirado todas sus basuras y miserias humanas de todas clases. ¿Por qué? ¿Y por qué es esto posible?

—Sabes muy bien que todo lo qué ocurre en el mundo es porque a los poderosos les conviene que ocurra. Y el motivo es siempre el mismo, conservar el poder, y por lo tanto las riquezas y las comodidades. Y ahora dime: ¿te parecería prudente volver al Templo de las Mil Armonías, después de todo lo que ha pasado?

—¿A ti no te parecería prudente?

—La verdad es que no. En consecuencia, mi deseo sería que te trasladases al Indra Regent y te quedases allí tranquilamente,

mientras yo saco al bonzo de la fotografía de ese templo.

—¿Piensas hacerlo sin mi ayuda?

—¿Te parece que seré capaz? —deslizó él. Brigitte, rió y estuvo unos segundos silenciosa. Por fin alzó un dedito, demandando atención.

—Hagamos un trato: yo paso la noche en tu hotel, contigo, y cambiamos impresiones. Luego hacemos lo que hayamos decidido entre los dos. Y otra cosa, mi amor ¿no te parece que, antes de tomar decisiones, deberíamos saber si Simón tiene algo que decirnos? Puedo llamarlo por la radio y citarlo en algún sitio discreto. O mejor aún, dejaremos que él, qué conoce Bangkok mejor que nosotros, elija el sitio.

Número Uno quedó pensativo un instante, antes de murmurar:

—En realidad eres tu quien tiene algo que decirle a tu Simón, ¿no es cierto?

—¿Es que nunca podré, engañarte? —refunfuño Brigitte.

Simón-Bangkok acudió a la cita en una esquina céntrica, a pie, desde allí guió a los dos a un establecimiento cercano, sito en una de las callejas estrechas y sinuosas, muy cerca del lugar donde se habían encontrado.

El establecimiento tenía una trastienda destinada a estudio fotográfico; donde el agente de la CIA había estado trabajando en el revelado de las fotos y la película tomadas por Baby en el Templo de las Mil Armonías. Allí, en la trastienda, tendió las fotos a Brigitte, quien las pasó a Número Uno, que se dedicó a mirarlas en silencio… mientras Simón le contemplaba a él con gran atención, dirigiendo de cuando en cuando una mirada a Brigitte, que se limitó a sonreírle afectuosamente.

—¿Quieren café? —propuso el de la CIA.

Eran cerca de las tres de la madrugada, así que poco importaba ya tomar café o no para mantenerse despierto, pues los tres estaban completamente desvelados. De todos modos, tomaron café. Para entonces, Número Uno había examinado todas las fotografías, separando dos de ellas, en las que aparecía el ruso, bastante alejado, pero no lo suficiente para que resultase imposible identificarlo. Simón había facilitado esa identificación, haciendo ampliaciones del ruso, lo cual estaba justificado, ya que:

—Lo reconocí enseguida. Es el bueno de Grigori Malenko. Hace

bastante tiempo que está en Bangkok. Un buen experto en asuntos orientales, pero resulta un tipo un tanto peculiar, casi siempre trabaja solo.

—¿Por qué?

—Porque le gusta.

Brigitte se pasó la lengua por los labios, y ya no quiso ocultarlo por más tiempo:

—Lo han destrozado a cuchilladas —susurró.

Simón-Bangkok palideció. Estuvo así casi un minuto. Por fin, hizo un gesto de asentimiento.

—Parece ser que unos cuantos rusos han provocado un pequeño incidente en el río, esta noche. Pienso que puede estar relacionado con la muerte de Malenko.

—No —negó Brigitte—, porque a quienes atacaron esos rusos fue a nosotros y a Nem Phan, nuestro contratante. Y ninguno de nosotros ha tenido nada que ver con la muerte de Grigori Malenko.

—Es extraño —alzó las cejas Simón—. Mis noticiase son que los rusos atacaron, a unos agentes chinos.

—No. —Insistió Brigitte—. Eramos nosotros y Nem Phan.

—¿Y por qué les atacaron?

—Lo ignoro. Quizá pensasen que habíamos tenido algo que ver con la muerte de Malenko, claro.

—No —rechazó el hasta entonces silencioso Número Uno—. Ese ataque no ha tenido nada que ver con Malenko. Los rusos aún no saben que él está muerto. Puesto que saben que gusta de trabajar solo, deben estar esperando noticias de él. Es evidente que Malenko se dedicaba a vigilar el Templo de las Mil Armonías. Cuando te cazó a ti, te llevó a la choza, seguramente pensaba demostrar que él, trabajando solo, podía conseguir resultados. Luego habría llamado a sus compañeros, y les habría demostrado lo listo que era. Pero lo que pasó fue que alguien os siguió, a ti y a él, y cuando tu escapaste, fueron a la choza por él. Esos si debían ser agentes chinos.

—Y, ¿por qué a mí no me atacaron los agentes chinos? —se resistió Brigitte a aceptar la explicación de Número Uno.

—No sabían quién eres, no les interesabas. Pero si sabían quién era Malenko, como éste les estaba molestando por su vigilancia sobre el Templo de las Mil Armonías, aprovecharon la ocasión para

liquidarlo.

—Es decir, que a Malenko lo han matado los chinos.

—Sí.

—¿Y por qué los rusos nos atacaron a nosotros? De ti y de mi no pueden saber nada. De Nem Phan, quizá, pero en todo caso, sabrán que es vietnamita, no chino. ¿Por qué nos atacaron? Ni siquiera sabían que Malenko esta muerto, ni Phan ni nosotros tenemos nada que ver con el servicio secreto chino. Un momento. ¿Crees que se han enterado de que pretendemos sacar del templo a Chiang Toi y por tanto nos consideran competidores, y decidieron quitarnos de enmedio? De este modo sólo ellos tendrán probabilidades de sacar vivo del templo a Chiang Toi.

—Podría ser eso —admitió Uno—. Sí, eso sí.

—Chiang Toi está muerto —dijo Simón.

—Quizá —le miró Uno—. Pero hasta los chinos están metidos en esto, ¿se da cuenta?

—No puede ser —sentenció Simón— fueron los propios chinos quienes se cargaron a Chiang Toi, así que no van a ser tan memos de venir a Bangkok a buscarlo. Y en todo caso, no se complicarían mucho la vida si por cualquier circunstancia, Toi se les hubiese escapado, entrarían en ese templo y lo acribillarían, o lo coserían a puñaladas, como han hecho con Malenko. Los chinos no están buscando a Chiang Toi. Les digo que está muerto He visto su película, Baby, y no hay un solo bonzo en ella que pueda ser Chiang Toi.

—Ahora la repasaremos —asintió Brigitte—; mientras tanto, vea la nueva cara de Chiang Toi, tras someterse a una intervención de cirugía plástica.

Número Uno tendió la fotografía que Nem Phan le había entregado, y Simón la tomó, la miro, y sonrió desdeñosamente.

—Absurdo por completo, absurdo.

—Piense que ha sido operado —musitó Brigitte.

—Tonterías. Este hombre no ha podido ser jamás el general Toi.

—Entonces, ¿quién es?

—Ni idea.

—¿Aparece en la película de Baby? —preguntó Uno.

—No. Y no me digan que puedo haberme equivocado. Les voy a pasar la película, y se convencerán por sí mismos.

La película fue proyectada Los tres estuvieron atentísimos, pero, en efecto, el bonzo cuya fotografía había entregado Nem Phan a Número Uno, no apareció en el corto filme en colores Para mayor seguridad, Simón proyectó por segunda vez la película, pero, por supuesto, el resultado fue el mismo, el hombre de la fotografía entregada por Nem Phan no estaba en el Templo de las Mil Armonías.

—¿Cómo vamos a sacar del templo a una persona que no está en él? —refunfuñó Brigitte.

—Tiene que estar —dijo Uno—. De otro modo, Phan no estaría ocupado en esto. Sería absurdo. Lo que ocurrió fue que al verte, cargada con cámaras tomavistas y fotográfica, este hombre decidió permanecer oculto. Por eso no aparece en las fotos ni en la película.

—Es posible —admitió Simón—. Pero no es Chiang Toi.

—Zambomba —se irritó Brigitte—. Entonces, ¿quién es este hombre que Nem Phan quiere que le saquemos del templo? ¿Por qué los rusos intervienen en esto, si no es el general Toi? ¿Y qué hacen los agentes chinos matando agentes rusos en Bangkok porque éstos se dediquen a rondar por los alrededores del Templo de las Mil Armonías? ¿Quién es este sujeto?

—Es posible que hacia el mediodía tengamos arreglado el Velefoto —dijo Simón—. Si me dejan esa fotografía, puedo enviarla, y quizá en la Central sepan algo de este hombre.

—Puede quedárselo —asintió Brigitte—: ni Uno ni yo olvidaremos ese rostro. Y antes, de marcharnos, Simón, díganos una cosa ¿qué está ocurriendo en Bangkok?

—Nada absolutamente.

—¿Nada? ¿La CIA no tiene noticias de que suceda algo importante? ¿Movimiento de agentes secretos, fuga de algún personaje importante chino, o ruso, o vietnamita? ¿Nada?

—Nada especial que pueda impulsar a unos agentes rusos a atacar a unos agentes vietnamitas, confundiéndolos con agentes chinos que, al parecer, se han dedicado a degollar a un ruso Todo esto no tiene sentido para mí, en las actuales circunstancias.

—Bien… Aparte de Malenko, ¿conoce a algún ruso más de los residentes en Bangkok?

—Naturalmente —sonrió Simón.

—Es posible que más adelante los necesitemos: Espero que su

percance en el río no los haya puesto de excesivo malhumor.

—Más bien sí: han perdido a uno de ellos. De todos modos, podría intentar sondear cómo está el ambiente, con vistas a un posible contacto de conveniencia. ¿Quiere que lo haga y le diga cómo están las cosas?

Brigitte reflexionó brevemente, antes de mover la cabeza.

—Sólo vea cómo está el ambiente, Simón. Pero no me llame, pues Uno y yo estamos utilizando otra onda en nuestras radios. Yo le llamaré a usted cuando sea necesario.

—De acuerdo.

Brigitte se puso en pie.

—No nos acompañe, Simón. Y gracias por su ayuda.

Capítulo VII

El bonzo estaba sentado en un rincón del jardín del Templo de las Mil Armonías, sobre la tierra, que tenía un color parecido de su túnica de color azafrán. Su rapada cabeza relucía al sol, con un tono azulado verdoso Se le veía pulcro, sano y extremadamente delgado, como si todo él estuviese hecho de cañas secas de bambú. Podía tener treinta años, podía tener setenta. Era indefinible.

Como indefinible fue la expresión de su mirada cuando la mujer apareció en el jardín.

«Es la misma de ayer», pensó el bonzo. Sus párpados se entornaron, de tal modo que no pareció que estuviese mirando a la hermosa mujer blanca de ojos azules y largos cabellos negros. Aunque no se podía decir que fuese propiamente blanca, sino dorada. Dorada como el mismísimo sol que estaba calentando los cansados huesos de Li Sing Ho. Todo él estaba cansado: los huesos, la carne, los músculos, la mente y el espíritu. Por eso, Li Sing Ho no hacía ya nada en la vida. Solamente tomaba el sol, y meditaba cuando no podía evitarlo. Si podía, ponía su mente en blanco. Era cómo borrar la grabación de una cinta magnetofónica, o las imágenes de un vídeo.

En aquel momento, el bonzo pensaba que aquélla era la misma hermosa mujer del día anterior, pero que en esta ocasión no llevaba cámara fotográfica ni tomavistas. Por esto, Li Sing Ho permaneció donde estaba, en lugar de apresurarse a desaparecer, como la tarde anterior.

«¿Por qué está sola? ¿Por qué no la acompaña Teh Nam, como ayer?», pensó Li Sing Ho.

Se dio cuenta de que la mujer le estaba mirando, y permaneció inmóvil, como si realmente fuese de barro secándose al sol. Los párpados estaban bajos, pero Li Sing Ho veía a la mujer. La vio acercarse, tan hermosa, erguida, elegante, segura de sí misma, pero

discreto el gesto, cortés su comportamiento, como corresponde a una persona de calidad, que sabe muy bien que está en morada ajena.

El bonzo esperaba que la mujer pasase de largo, mirándolo con más o menos curiosidad, pero no fue así. Ella llegó delante de él, y se detuvo, a unos tres metros de distancia. Li Sing Ho mantuvo bajos los párpados, como si no se diese cuenta de nada, como si él no estuviese allí. Pero vio a la mujer, sentarse frente a él, dejar el maletín a un lado, y cruzar las bellísimas piernas de seda dorada.

Durante un par de minutos, en aquel rincón, del jardín solamente se oyó el murmullo de una cercana fuente, y el lejano piar de algunos pajarillos. Allí se estaba en paz, no habían perturbaciones, la vida discurría mansamente, sin altibajos, pero con la alegría del agua desligándose desde lo alto de las montañas hacia el lejano mar sin prisas. Porque la vida era como el agua, sí. La vida nacía, mona y volvía a nacer. El agua que caía del cielo en las montañas iba a morir al mar, pero allí, al evaporarse se convertía en nubes, que lloraban luego en. Agua o en nieve sobre las montañas, de tal modo que por éstas volvía a deslizarse el agua hacia el mar. Y el ciclo volvía a realizarse una y otra vez. Del mismo modo, el hombre moría y volvía, a nacer. Dejaba una envoltura carnal tomaba otra. El espíritu se unía constantemente a la materia, que no tenía la menor importancia. Li Sing Ho estaba seguro de esto, pero nunca había dedicado mucho tiempo a meditar, así que, en realidad, no sabía nada de la Vida auténtica: ¿qué era él, por qué había nacido, por qué moriría? Li Sing Ho no estaba seguro de nada, salvo de una cosa: la vida que había llevado hasta hacía poco tiempo había sido totalmente equivocada, no servía de nada, a él ni a nadie. Aquello, aquel modo de deslizarse por el mundo, no podía tener significado alguno.

—Sé perfectamente que usted se ha dado cuenta de mi presencia —oyó la suave voz femenina, como en un murmullo parecido al del agua lejana—. ¿Puede atenderme unos minutos?

Li Sing Ho estuvo tentado de no reaccionar en modo alguno. Pero se dio cuenta de que aquella voz era cultivada, así como el tono; se dio cuenta de que aquella persona que tenía delante sabía lo que quería, y que su voluntad estaba decidida a lograrlo. Así pues, abrió los ojos, negrísimos, cansados; los posó blandamente en

la mujer.

—¿Entiende el inglés? —preguntó ella.

Li Sing Ho asintió con la cabeza. La mujer señaló con una mano hacia la entrada al jardín, bajo los pórticos interiores.

—Ayer estuve aquí, y Teh Nam me atendió muy amablemente. Hoy, he vuelto para abusar de su bondad. El objetivo de mi visita ayer como hoy, era conocer al bonzo que se hace llamar Poh Main, pero que llegó aquí diciendo que su nombre chino era Tsie Lu. ¿Es usted?

Li Sing Ho permaneció inmóvil e inexpresivo. La mujer alzó la mirada; y se quedó contemplando un pajarito que había llegado en graciosa volada a una rama, piaba desaforadamente. Li Sing Ho se fijó muy especialmente en los ojos de la mujer, mientras ésta contemplaba al pajarito: miró también los sonrosados labios, la línea del cuello y de la frente, y luego volvió a mirar los ojos, azules, puros como el cielo que refulgían sobre sus cabezas.

El pajarillo se fue, y la mujer; todavía con aquella extraordinaria sonrisa en el fondo de sus ojos, miró de nuevo a Li Sing Ho, que asintió con la cabeza.

—No crea que Teh Nam le ha traicionado —dijo ella—. Vine aquí decidida a hablar con usted, y así se lo hice saber. Si no me ayudaba, el Templo de las Mil Armonías se vería perturbado de modo muy violento y desagradable, pues hay quien a toda costa quiere hablar con usted. Le dije a Teh Nam que, si él me ayudaba, yo hablaría con usted, si usted se negaba a conversar conmigo; me iría sin más molestias para el templo, y que todo, lo que haría sería esperar afuera a que usted saliese algún día. ¿Le parece bien?

—¿Qué desea usted de mí?

—¿Es usted el general Chiang Toi?

—No.

—¿Es usted Pnih Maut?

—No.

—¿Es usted Tsie Lu?

—No.

—Entiendo que niega estas tres personalidades, pero ¿alguna vez ha utilizado el nombre de Pnih Maut?

—Sí.

—¿Y el de Tsie Lu?

—Sí.

—¿Y el de Chiang Toi?

—No.

—Entonces, usted no es ni Chiang Toi ni Tsie Lu. Es un chino que vino a este templo utilizando el nombre de Tsie Lu, aceptó el de Pnih Maut, y se quedó a vivir aquí.

—Sí.

—¿Quién es usted, en realidad?

Li Sing Ho permaneció en silencio. La mujer esperó casi dos minutos, antes de comprender que no iba a recibir aquella clase de información.

—Está bien. Le expondré la situación en pocas palabras. Un vietnamita llamado Nem Phan está convencido de que usted es el general Chiang Toi, y ha contratado a un hombre para que lo saque vivo de este templo. Los rusos se han enterado de que está usted aquí, y están vigilando su salida. Mientras tanto, el servicio secreto chino parece haber intervenido también. Anoche asesinaron a un agente de la MVD a cuchilladas. Más tarde, los rusos atacaron a los vietnamitas en el Chao Phraya. En estos momentos, un aventurero de primera categoría, los rusos y los chinos vigilan el templo. Cabe la posibilidad de que unos u otros opten, de pronto, por venir a buscarlo a usted, con malos modales. Mientras tanto, esperan. Mi pregunta es: ¿por qué? Si usted no es Chiang Toi, no tiene sentido pensar en una venganza por parte de los rusos o vietnamitas del Sur. ¿Qué es lo que quieren de usted, entonces?

Li Sing Ho permaneció en silencio absoluto. No un silencio tozudo o desafiante. Simplemente, era como si no hubiese oído.

—Se me ha dicho —prosiguió la mujer, no menos imperturbable que el chino— que usted, sería capaz de suicidarse, antes de caer en manos de los vietnamitas, los rusos e incluso de los propios chinos. ¿Es cierto?

—Sí.

—Se me ha dicho, también, que es posible que tenga usted algunos escritos que podrían resultar altamente interesantes para algunas personas. ¿Cierto?

—Sí.

—Y que si usted se suicidase esos escritos serían cursados. ¿Es así?

—Sí.

—¿Cuáles serian las consecuencias de que esos escritos fuesen cursados?

Li Sing Ho permaneció en silencio, y la mujer entendió a la perfección.

—Haré la pregunta de otra manera. Sin puntualizar, sin señalar a nadie en concreto… ¿diría usted que si esos escritos fuesen publicados, podrían producirse confrontaciones de importancia que, como siempre, perjudicasen a personas inocentes?

—Sí.

—Voy a hacer un trato con usted, Tsie Lu. Destruya en mi presencia esos escritos, y yo le sacaré de aquí sano y salvo, y lo llevaré a un lugar donde jamás será molestado hasta el plácido fin de sus días de tal modo que nunca tendrá necesidad de cursar esos escritos o copias de ellos.

—¿Quién es usted? —preguntó Li Sing Ho.

—Baby, de la CIA.

El bonzo irguió vivamente el cuello. Sólo eso.

—Mentira —dijo.

—No sea estúpido. Estoy tratando de impedir que los vietnamitas o los rusos lo atrapen vivo y lo exhiban como a un monstruo de feria, diciendo que usted es el asesino general Chiang Toi. ¿Sabe que se dice que usted se ha operado el rostro y cambiado sus facciones? Sí, le pasearían como a una bestia, después de tratarlo como tratarían al general Toi. Pero si tal cosa sucediese, temo que esos escritos de usted serian cursados, y eso es lo que me importa evitar. Los demás tendrán que quedarse con las ganas de vengarse personalmente de usted… si es que resulta que ellos tienen razón, y usted es el general Toi, que me está engañando.

—No soy Toi.

—De todos modos, eso lo sabré pronto. Una hora, dos, tres, cuatro, quizá. —La mujer miró su relojito de pulsera—. Una fotografía de usted ha sido cursada hacia la Central de la CIA en Langley, y espero la respuesta de un momento a otro. Cuando sepa exactamente quién es usted, quizá me vea obligada a ser menos amable. ¿No quiere aceptar mi trato ahora?

—Podemos esperar.

Baby alzó las cejas, pero también comprendió enseguida.

—¿Usted quiere esperar a ver si es cierto que tengo medios de saber quién es usted, en cuyo caso admitiría que puedo ser Baby?

—Sí.

—¿Y si se convence, aceptará mi trato?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Quiere decir que está dispuesto a confiar en Baby?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Dónde y a quién ha oído hablar de mí?

De nuevo, el bonzo demostró que no pensaba contestar Baby abrió el maletín, sacó su radio de repuesto, y llamó por ella a la que había entregado a Número Uno. La voz de éste se oyó en el acto:

—¿Sí?

—Mi amor, voy a cambiar de onda, porque quiero estar pendiente de Simón, para conocer la respuesta de le Central, en cuanto la tenga. ¿Todo está bien por el exterior?

—De momento, parece que sí. ¿Estás con Toi?

—No es Toi. Pero ya pasaremos cuentas con Phan al respecto. Ahora interesa conocer cuanto antes la respuesta de la Central, pues si convenzo a. Tsie Lu de que soy Baby aceptará nuestro trato.

—Bien. Ten cuidado.

—Descuida. Ah, mi amor, otra cosa. Aprovechando que yo voy a cambiar de onda, podrías colocar en tu radio la de nuestra isla, llamar a Phan para decirle que prepare el dinero, pues pensamos entregarle a Tsie Lu muy pronto, eso le hará activar sus planes, sean cuales sean, y quizá saquemos algo en claro. Luego vuelve a poner esta misma onda. ¿Te parece bien?

—Claro.

Uno cortó la comunicación. Brigitte cambió la disposición de las placas, y llamó a Simón Bangkok.

—Adelante —oyó su voz.

—¿Algo de la Central?

—No, pero no puede tardar demasiado. Vaya llamando cada quince minutos, si le parece bien.

—No. Llámeme usted a mí, en cuanto sepa algo, Simón.

—*Okay*. ¿Quiere saber algo de los rusos?

—Me parece que no tiene usted buenas noticias.

—Han encontrado a Malenko. O sea, que ya saben que han perdido dos hombres: Malenko y el que se estrelló anoche con la

lancha. No se sorprenda si se complican las cosas en cualquier momento.

—¿Cuál es el más inteligente de los rusos que usted conoce?

—Mmmn. Yulchin sin duda. Fedor Yulchin.

—Póngase en contacto con él, y dígale que si nos da doce horas, le daremos explicación a todo lo que ha sucedido, que entonces haremos todo lo que más convenga.

—No querrá ni escucharme.

—Dígale que Baby se lo pide como favor personal.

—No perdemos nada intentándolo. Ya le diré como termina el asunto. ¿Algo más?

—No.

Baby cerró la radio, y la guardó en el maletín, cerro éste, y acomodó mejor sus dobladas piernas. Li Sing Ho la contemplaba en silencio, inmóvil. Ella aspiró profundamente, cerró los ojos, y se quedó también inmóvil bajo el sol tropical de invierno. De alguna parte del Templo de las Mil armonías llegaban rumores, cantos más bien de agua saltando de vida, fluyendo. Salvo esto, el silencio era total:

Bib-bip-bip, se oyó muy apagado el zumbido dentro del maletín.

Brigitte Montfort alzó la tapa, sacó la radio y admitió la llamada.

—Sí, adelante.

—Han llegado los informes sobre el falso Chiang Toi.

—Hágame un resumen, de momento.

—El hombre de la foto que ustedes me entregaron ayer se llama Li Sing Ho. Nacido en Nanking, hace cincuenta y cuatro años. De muchacho luchó contra los japoneses, cuando éstos invadieron China. Durante la Segunda Guerra Mundial estuvo luchando al lado de los ingleses en el Sudeste asiático contra los japoneses, realizando labores de traductor y coordinador, pues habla varios idiomas y dialectos asiáticos. Se unió a Mao Tse Tung inmediatamente de comenzar éste la Gran Marcha. Ocupó luego cargos militares hasta mil novecientos sesenta y dos, fecha en que se retiró, con el grado de coronel. Apareció en La Habana como componente del personal diplomático en mil novecientos sesenta y cuatro. Estuvo allí apenas un año. Luego, ocupó algunos puestos de no demasiada importancia en Singapur, Manila, Kuala Lumpur y Hanoi. En el sesenta y ocho, desaparece de nuevo, y no vuelve a

ocupar cargo público alguno, ni en China ni en el exterior. Según las últimas noticias que se tienen de Li Sing Ho, éste ha estado escalando durante los últimos años altos puestos en el Lien Lo Pou, el espionaje chino, hasta que en octubre de mil novecientos setenta y cinco, desaparece de nuevo. Para entonces, Li Sing Ho estaba considerado como uno de los más inteligentes jefes del Lien Lo Pou. Es todo.

—Gracias, Simón. ¿Ha hablado con Yulchin?

—Sí. Ha aceptado. Pero, las horas están pasando, Baby.

—Ya no tiene importancia. Ahora sí, yo le llamaré a usted cuando sea necesario. Es todo, Simón. Supongo —dijo tras cerrar la radio y mirando a Li Sing Ho— que lo ha oído usted todo.

—Sí.

—¿Tiene alguna duda?

—En realidad, sólo una: no permitirán que usted me saque de este templo. Y mucho menos, que me lleve hacia Estados Unidos.

—Pero usted quiere salir de aquí, e ir a Estados Unidos.

—Quiero ir a un sitio donde pueda vivir en paz. Lo mismo me da Estados Unidos que Laponia.

Baby asintió con un gesto.

—¿Qué le ha pasado Sing Ho? ¿Por qué ha huido usted de China? ¿Qué es lo que le tiene tan asustado?

—Lo único que me asusta es que me maten, y que mis escritos, por lo tanto, sean cursados. Preferiría que se pudriesen bajo las losas; sin que nadie los leyese jamás. Aunque dentro de un tiempo ya no tendrían demasiada importancia, preferiría que permaneciesen ignorados.

—Eso es muy sencillo: cumpla su parte del trato, destruyendo en mi presencia esos escritos.

—No sé si usted ha comprendido que si continúo con vida es precisamente gracias a la existencia de esos escritos. Evidentemente, los chinos lo saben, y quieren recuperarlos antes de eliminarme. Si se enterasen de que han sido destruidos me matarían.

—¿Sus propios compatriotas le matarían?

—Ellos, sobre todo. Es posible que los rusos y los vietnamitas estén rondando el templo, pero ¿sabe por qué? Porque han tenido que darse cuenta de la gran actividad que mis compañeros están

desplegando por aquí. Eso les ha llamado la atención, y han querido enterarse de lo que hay en el Templo de las Mil Armonías que interese tanto al servicio secreto chino. ¿Y qué han hecho mis camaradas del Lien Lo Pou? Pues, en lugar de permitir que los rusos o los vietnamitas llegasen a saber quien estaba acorralado aquí dentro, han hecho correr la voz de que soy el general Chiang Toi, pensando que rusos y vietnamitas se conformarían con matarme, si es que intentaban algo. Eso es menos comprometedor que correr el riesgo de que Li Sing Ho, que tanto sabe sobre el Lien Lo Pou y otras cosas, fuese sacado de aquí con vida, e interrogado por rusos o vietnamitas.

—Eso quiere decir que los vietnamitas y los rusos están convencidos, de buena fe, de que quien está aquí es el general Chiang Toi.

—En efecto. En cuanto a mis escritos, los destruiré cuando estemos alejándonos de aquí, con garantías definitivas de escapar. Le aseguro que soy el primero en querer destruirlos, aunque me interesa que en Pekín crean que esos escritos existen, y que en cualquier momento van a caer en manos de la CIA. ¿No me escucha usted?

Baby, que en efecto, se había distraído, frunció el ceño, y miró a Li Sing Ho todavía con expresión ausente.

—Perdone. Es que hay algo… algo que no entiendo. Y no sé qué es, pero algo me ha dejado desconcertada. ¿Qué decía?

—Decía que si el Lien Lo Pou sabe que la CIA me ha sacado de aquí, habré conseguido mis propósitos, esto es, evitar que China lleve a cabo determinado proyecto, por temor a que ese proyecto llegue a conocimiento de la CIA, gracias a mis informes.

—O sea, qué usted impide que China haga algo por temor a que Estados Unidos esté esperando ese proyecto, y al mismo tiempo, pese a todo, sigue fiel a China, al no poner realmente en conocimiento de ese proyecto chino a Estados Unidos.

—Sí. Me alegra que me comprenda.

—La pregunta es ¿estoy conforme con ese truco suyo?

—¿No lo está? —entornó los párpados el bonzo.

—Es usted un viejo zorro —sonrió la divina—: sabe de mí lo suficiente para comprender que si yo soy realmente Baby, tendré que mostrarme conforme con esa actitud suya o con cualquier otra

que signifique la supresión de cualquier enfrentamiento entre personas o países.

—Así es —sonrió secamente Sing Ho.

—De acuerdo. Lo haremos como usted quiere.

—Ahora, sólo queda el detalle de sacarme del templo y luego de Bangkok con vida. ¿Realmente le parece posible?

—Todo es posible en nuestro mundo —sonrió Baby—. ¿Puedo contar con que usted aceptara mis disposiciones, sean cuales sean?

—En principio, sí.

—Volveré por usted al anochecer. Este preparado para la marcha.

—No pretendo ofenderla, pero quisiera decirle un proverbio chino.

—Me encantará oírlo.

—Dice así: un tonto siempre puede encontrar a otro tonto mayor, y será admirado por éste.

—Sí, lo entiendo bien, casi —rió Baby—, usted está diciendo que yo soy una pobre tonta, por creer que puedo sacarlo de aquí; y que usted aún es más que yo, ya que me admira y cree que puedo conseguirlo.

—Eso es exactamente lo que he tratado de decir.

—Bueno, yo también voy a decirle a usted otro proverbio, Sing Ho: aquel que cabalga en un tigre, no puede descabalgar cuando quiere hacerlo. Supongo que lo ha entendido, porque también es chino.

—El tigre es el Lien Lo Pou, y yo soy el insensato que una vez cabalgó sobre su lomo. Ahora, para descabalgar, tengo que jugarme la vida. ¿Se refiere a eso?

—Sí. Pero no se apene por ello, ni culpe demasiado a su tigre, Sing Ho. En el fondo, a mí me pasa lo mismo… Me preguntó qué ocurriría si realmente algún día me propusiera abandonar la CIA de un modo definitivo.

—Está bromeando. A usted no le ocurriría nada.

—No veo por qué ha de considerar usted que la CIA es menos tigre que el Lien Lo Pou. Bien… ¿Le parece que dejemos los proverbios para momento más oportuno?

Capítulo VIII

—Dentro del Mercedes que había alquilado, sentado en el asiento de atrás, junto a Brigitte, que consumía los bocadillos que le había reservado, Número Uno contemplaba un tanto hoscamente a la mujer que amaba.

—No sé si te das cuenta, de que cada vez que emprendemos alguna cosa juntos resulta que la terminas tú.

—¿Y qué quieres que haga, mi amor? —Encogió los hombros la divina—. Sabes muy bien que no puedo permitir que los rusos, los propios chinos, o los americanos consigan algo que pueda complicar las cosas:

—Yo no estoy trabajando para los rusos, ni para los chinos ni para los americanos —gruñó Angelo.

—Lo sé. Si realmente lo deseas, voy a dejarte que tú termines esto a tu manera. Sé que eres perfectamente capaz de sacar del templo a Li Sing Ho, y apoderarte de sus escritos. No me necesitas a mí para nada en ese sentido —sonrió—. Pero piensa qué podría hacer Nem Phan, con los escritos de Sing Ho: seguramente, sólo buscaría complicaciones, ya que esos escritos, evidentemente comprometen a China en algo importante. Se le ha desvanecido entre las manos el general Chiang Toi, que, en efecto murió hace tiempo, pero con esos escritos igual podría molestar a China o incordiar a otros países. Lo cual va contra mis intenciones de siempre, tú lo sabe.

—¿Y qué harías tú, si tuvieses esos escritos de Sing Ho eh?

—No lo sé, ya que ignoro su contenido… Pero naturalmente, evitar complicaciones, no provocarlas. En cambio, Nem Phan, con tal de fastidiar a China o de obtener ventajas para Vietnam del Sur en las negociaciones, no vacilaría en complicar las cosas.

—El caso es que tengo que admitir que tienes razón —refunfuñó Uno.

—En ese caso, no dudo que me ayudarás a mí, y le dirás a Phan que el acuerdo entre vosotros ha terminado Pero no porque tú no cumplas tu contrato, sino simplemente, porque el personaje sacado del Templo de las Mil Armonías no es el que él te dijo, con esto tienes base para deshacer el acuerdo, sin que tu reputación profesional sufra menoscabo.

—Es un arreglo muy técnico. ¿Qué pasará si él insiste en que cumpla mi compromiso?

—Tu compromiso era poner en sus manos a Chiang Toi. ¿Puedes cumplirlo?

—Claro que no, si está muerto.

—Entonces, ya no tienes compromiso alguno, mi amor Ahora, volvamos a la ciudad, tengo que hacer algunas compras.

Número Uno hizo un gesto de resignación, salió del coche, y se sentó ante, el volante. Puso el motor en marcha, y emprendió el regreso a Bangkok, alejándose de aquel lugar solitario y tranquilo, a la orilla del río, cubierto por densa vegetación Por el retrovisor miró a Brigitte, que permanecía pensativa.

—De todos modos —dijo—, lo mejor es no decirle a Phan mi decisión hasta que hayamos sacado del templo a Sing Ho. Si le digo que no pienso terminar el trabajo, quizá contrate a otros especialistas, que sólo servirían para complicarnos la vida.

—Me parece bien.

—Y otra cosa ¿has pensado en cómo sacar a Sing Ho de Bangkok?

—Lo haremos como tú lo habías pensado mi amor.

—Ah, Vaya me alegra comprobar que sirvo de algo. Otro problema a tener en cuenta son los rusos. Ellos están esperando tus explicaciones. ¿Cuáles vas a darles? Quiero decir que si les quitas a su presa de delante de las narices, después de haberles pedido que no hagan nada, a pesar de que les han matado a dos compañeros, sería la reputación profesional de Baby la que sufra un grave quebranto.

—Si. Bueno, ya pensaré algo.

—En cuanto a los chinos, deben estar por todas partes Ya te conocen, pues te vieron con Malenko. A estas alturas, los chinos que esperan poder atrapar a Sing Ho, deben estar preguntándose quien es la mujer, que por dos veces ha estado en el templo, y que estuvo

con Malenko. Lo sorprendente es que no hayan hecho nada contra ti todavía. Y más sorprendente aún es que no hayan entrado en el templo por Li Sing Ho.

—Si lo hiciesen, sólo conseguirían que Sing Ho se suicidase, y que sus escritos fuesen cursados; aunque no se cómo ni por qué conducto, ni hacia quiénes exactamente Pero los chinos saben eso, así que quieren asegurarse bien de que atrapan no sólo a Sing Ho, sino que se apoderan de todo cuanto éste haya podido escribir. Si, por eso no atacan, por eso… por eso…

Número Uno volvió a mirar a Brigitte por el retrovisor, sorprendido.

—¿Qué te ocurre?

—Ya lo tengo. ¡Ahora lo comprendo!

—¿Qué es lo que comprendes?

—Me estaba dando vueltas en la cabeza desde que hablé con Li Sing Ho. Había algo que me tenía preocupada, pero no conseguía concretar que era. Y de pronto, lo he comprendido, gracias a tus palabras, y las de Li Sing Ho en el jardín del templo.

Uno detuvo el coche a un lado de la carretera bordeada de altísimos helechos, y se volvió en el asiento.

—¿Qué palabras han sido ésas?

—Las tuyas han sido las últimas, referentes a los escritos de Li Sing Ho. Las de Li Sing Ho son las que pronunció poco antes de despedirnos, asegurando que los rusos y los vietnamitas estaban convencidos, de buena fe, de que quien estaba en, el Templo de las Mil Armonías era el general Chiang Toi. ¿Y sabes por qué creen eso los rusos y los vietnamitas?

—¿Por qué?

—Porque así se lo han hecho creer los informes que el Lien Lo Pou han filtrado hacia ellos. Pero diré una cosa, amor: ¿crees que alguien puede admitir que un ser como el general Chiang Toi sea capaz de suicidarse?

Número Uno frunció el ceño. Durante tres o cuatro segundos, estuvo mirando los azules ojos de Brigitte. De pronto, parpadeó lentamente, y su boca se cerró de aquel modo brusco y duro, que la asemejaba a un cepo.

—Exacto —leyó Brigitte sus pensamientos—. Durante todo el tiempo tu vida y la mía han estado pendientes de un hilo, que el

Lien Lo Pou ha podido cortar en cualquier momento. Ahora, vamos a invertir los términos: nosotros dirigiremos la orquesta, mi amor.

—Ahí llega —musitó Uno.

Brigitte apartó un poco la cortinilla de la ventanilla izquierda trasera del Mercedes, y por la estrecha rendija contempló el otro coche, que e estaba deteniendo al otro lado del camino, y a unos veinte metros del Mercedes. Pudo ver al oriental sentado ante el volante, y en el asiento de atrás, las siluetas de tres hombres.

—Ten cuidado.

Uno asintió, salió del coche; y fue hacia el otro. Por la delgada abertura, Brigitte le vio llegar, y meterse dentro. El chófer del otro coche estaba mirando hacia el Mercedes, con indiferencia. Nem Phan y Uno estaban hablando en inglés, por supuesto y quizá el chófer no conociese este idioma.

La cita había sido hecha por la radio que Uno entregase a Phan, antes de despedirse, la noche anterior. Estaban en un camino poco frecuentado, un lugar tranquilo, cerca de la ruta que llevaba al Templo del Buda de Oro.

Dentro del otro coche, además del conductor había dos hombres más, en las banquetas de la parte posterior: uno de ellos, el de la nariz hinchada y tumefacta, contemplaba hoscamente a Angelo Tomasini que se había sentado junto a Nem Phan en el asiento posterior.

Nem Phan asentía enérgicamente.

—Sí, sí, sí, entendido, desde luego. Y claro está que puedo proporcionarle un helicóptero, *Signore*. Para esta misma noche.

—Sin la menor duda. Pero debo decirle que me sorprende muchísimo que Chiang Toi haya aceptado eso.

—Podrá comprobarlo a la hora convenida. Sólo tiene que enviar el helicóptero al jardín del templo. Chiang Toi estará allí, esperando. Y puesto que cree que va a ser recogido por la CIA, no desconfiará, así que llevará todas sus cosas. Lo que hagan ustedes con él no es cuenta mía, naturalmente. En realidad, mi trabajo ha terminado. ¿Ha traído mi dinero?

—Su plan es muy arriesgado, *Signore*.

—Para mí, no para usted, que conseguirá lo que quiere. Mi parte déjela de mi cuenta… Es decir, nuestra parte, pues usted ya sabe que no estoy solo en Bangkok, ¿no es así?

—Lo sé porque me lo ha dicho usted, al asegurarme que con la ayuda de una mujer todo va a salir a la perfección, sin complicaciones de ninguna clase. ¿Ella está en su coche ahora?

—No. Está haciendo algunas compras en Bangkok. ¿Ha traído mi dinero o no?

Nem Phan metió la mano derecha, bajo la chaqueta y sacó un simple fajo de billetes, que tendió a Número Uno. Éste alzó las cejas un instante, como sorprendido.

—Espero que no le moleste cobrar así.

—Por el contrario. —Uno se guardó el fajo—, es muy cómodo y práctico, a mi banquero suizo le encantan los billetes de mil dólares. ¿Lo ha entendido todo bien, Phan?

—Creo que sí. —Veamos… Cuando anochezca, usted y la mujer que le está apoyando irán al Templo de Las Mil Armonías en coche. Usted esperará afuera. Ella entrará en el templo. Allí, hablará con Chiang Toi, y le dirá que todo va bien, que la CIA lo tiene todo dispuesto para esta noche. Chiang Toi se quedará esperando en el jardín, con todas sus cosas. La mujer que trabaja con usted es una experta en disfraces, así que, después de ultimar los detalles con Toi, se vestirá como si fuese un bonzo, incluso colocándose un casco como los que se utilizan en el cine para dar la impresión de que su cabeza está afeitada De tal modo que cuando la colaboradora de usted salga del templo, parecerá un bonzo. Ella se meterá a toda prisa en el coche, usted arrancará. Entonces, si los chinos, rusos o quienes sean tienen vigilancia allí, como es de esperar, verán que usted se lleva a un bonzo, y llegaran a la conclusión de que se trata de Chiang Toi, por lo que cabe suponer que partirán en su persecución, si es que están prevenidos para ello. De un modo u otro, usted y su colaboradora esperan escapar, tras desorientar a sus perseguidores. ¿Es así?

—Exacto.

—Y mientras tanto, el verdadero Chiang Toi se ha quedado en el jardín del templo. Por lo tanto, todo lo que tenemos que hacer nosotros es esperar a que usted y su colaboradora se alejen, perseguidos por la jauría, para enviar el helicóptero al jardín del templo, a recoger a Chiang Toi. Éste, convencido de que la CIA llega a rescatarlo y llevarlo a Estados Unidos, abordará el helicóptero y cuando quiera darse cuenta, estará en nuestras manos

y camino de Vietnam.

—Perfecto. En cuanto a mi colaboradora y a mí, ya nos habremos despedido del hotel, todo estará en orden, y podremos tomar un vuelo nocturno a Singapur. Todo terminado. ¿Está de acuerdo, Phan?

—Por completo. Y no quiero pensar que a usted se le ocurra engañarme, *Signore*, en el sentido de que Chiang Toi no esté dispuesto a subir al helicóptero.

—Ya le dije que yo siempre juego limpio, cuando los demás juegan limpio —gruñó Número Uno—. Vivo de asuntos como éste, y hasta ahora ningún cliente ha tenido queja de mí. De todos modos, si algo saliese mal en su caso, tenga presente que yo considero vigente mi contrato hasta que el cliente ha conseguido sus deseos. Siempre.

—Conforme. Ha sido un buen trabajo, *Signore*. ¿Podré contar con usted, si vuelvo a necesitarlo?

—Puede encontrarme en Roma siempre que quiera. Adiós.

—Adiós. Feliz viaje de regreso.

Angelo Tomasini salió del coche de Phan, y regresó al Mercedes. Se sentó ante el volante, encendió el motor, y, partió sin cometer el error de mirar una sola vez hacia atrás. En cuanto a Brigitte, sólo cuando estuvieron lejos del lugar de la cita, se acomodó bien en el asiento, en el que había permanecido, echada, y preguntó.

—¿Bien?

—Sí —asintió Angelo—: bien.

—Estás preocupado, ¿verdad?

Número Uno le lanzó una hosca mirada, a través del espejo retrovisor.

—Mi plan era mucho mejor que el tuyo, y menos peligroso —dijo.

—Tienes razón —admitió ella—, pero tiene el inconveniente del factor tiempo. Y el factor tiempo hay que valorarlo debidamente en estas circunstancias, en que hay una docena de rusos esperando explicaciones convincentes o que pasen doce horas.

—¿A mí qué demonios me importan los rusos?

—Si los rusos se lanzan al ataque, las cosas se van a complicar demasiado en Bangkok, entre todos los servicios secretos. Habría más muertos.

—Sigue sin importarme. A mí sólo me importas tú. Y con mi plan, habríamos sacado a Li Sing Ho de Bangkok, de todos modos, con tranquilidad, sin que… tú corrieses riesgo de ninguna clase.

—Ya te digo que tienes razón, mi amor —susurró Brigitte—. Pero no quiero que nadie encienda la mecha de la discordia, en el Sudeste asiático. Ya están las cosas lo bastante complicadas. Por favor, compréndeme.

—No tengo por qué hacerlo.

Pero, sentada atrás, Brigitte Montfort se limitó a sonreír, ante la brusquedad del hombre que amaba. A ella no podía engañarla. Sabía que él la comprendía perfectamente, pero que no podía evitar sentirse irritado y preocupado cuando no podía esquivar unos riesgos que él habría corrido por ella mil veces.

Capítulo IX

Eran poco más de las diez de la noche cuando el Mercedes se detuvo delante del Templo de las Mil Armonías. A los pocos segundos, la hermosa mujer de largos cabellos negros se apeó, portando un maletín, y se dirigió hacia la gran puerta del templo, la cual le fue abierta antes de que llegara.

En un instante, la mujer desapareció en el interior del templo.

Casi media hora más tarde, la puerta volvió a abrirse, y apareció un bonzo, que caminó sosegadamente hacia el Mercedes. La puerta delantera derecha de éste se abrió, el bonzo se metió rápidamente dentro del coche que partió en el acto.

Protegido en las sombras de una construcción cercana al templo, un hombre de raza china apretó el comumicador de la pequeña radio que tenía en la mano derecha.

—Yun Lai —habló en chino— la mujer acaba de salir, en efecto… Quiero decir que ha salido un bonzo y se ha metido en el coche.

—Es ella, desde luego —replicó el llamado Yun Lai, también en chino.

—Parece un bonzo auténtico.

—Sabemos que es la compañera del *Signore*. Ya sabes lo que tenéis que hacer, Fong; ellos van ahora directos al aeropuerto para tomar un avión a Singapur. No se lo permitáis: matadlos a los dos en el camino hacia el aeropuerto. Yo voy a despegar con el helicóptero para pasar a recoger a Li Sing Ho.

—Está bien.

Fong cerró la radio, y se encaminó hacia donde había dejado el coche, fuera del alcance visual desde el templo. Se sentó en el asiento de atrás, junto a otro hombre también chino. Miro al que había al volante, y movió una mano.

—Han partido hacia el aeropuerto. Vamos a adelantarlo a mitad

de camino y a terminar con ellos. Arranca, Wo.

—¿Y Li Sing Ho? —preguntó Wo.

—Yun Lai va a encargarse de ese traidor. Nosotros sólo tenemos que ocuparnos del americano y de su compañera. Vamos.

Wo partió. No tenía grandes prisas, porque sabía que tenía tiempo sobrado de alcanzar al Mercedes, antes de que llegase al aeropuerto de Don Muang.

Al volante del Mercedes, Número Uno miro, una vez más miró el retrovisor. Y, por fin, vio el coche que le seguía. Redujo la velocidad, y el otro coche hizo lo mismo. Aceleró, y el otro coche aceleró.

Uno miró al bonzo que se sentaba junto a él.

—Tendrá que conducir a partir de ahora, Sing Ho.

—¿Nos persiguen?

—Naturalmente. No pensaba que Phan va a dejarnos marchar, después de conocerlo. Quizá intenten detenernos a las buenas, en principio, para recuperar los cien mil dólares. Y eso va a ser precisamente lo que los va a perder. Voy a frenar. Usted tome el volante inmediatamente, en cuanto yo haya saltado al asiento de atrás.

—Está bien —asintió Sing Ho.

Número Uno freno saltó al asiento de atrás en el acto y Li Sing Ho, casi tan rápido como él, tomó el volante. El coche emprendió la marcha tras una parada de menos de tres segundos, que obligó al coche perseguidor a frenar bruscamente, unos cincuenta metros más atrás. Cuando el Mercedes prosiguió la marcha, reanudó la persecución. Acababan de dejar atrás la ciudad propiamente dicha, y Número Uno comprendió que lo que tuviesen que intentar lo harían antes de llegar al aeropuerto, lógicamente.

No les daría tiempo.

En el asiento de atrás, estaba el tubo-fusil de Baby, montado y cargado, listo para ser disparado, lanzando una cápsula incendiaria que podía convertir el coche perseguidor en una hoguera, en menos de un segundo Pero, antes de disparar, Número Uno quería estar seguro de que la gente que iba en el otro coche lo merecía. De ninguna manera podía permitirse disparar contra personas pacificas.

Pero no eran pacíficas. Muy pronto, el otro coche aumentó la

velocidad, acercándose rápidamente a ellos. En pocos segundos, los adelantó, ya que siguiendo las instrucciones de Uno, Li Sing Ho no hizo nada por impedirlo. El otro coche se cruzó en la carretera, a unos cincuenta metros por delante del Mercedes. Querían que se detuvieran, estaba bien claro.

—No se detenga —dijo Uno.

Li Sing Ho asintió, sombrío el gesto. Hundió más el pedal del gas, aumentando la velocidad, encendió las luces largas, iluminando de lleno el coche cruzado en la carretera.

—Nos vamos a matar —dijo fríamente.

—No —replicó no menos fríamente Número Uno— se apartaran.

En efecto. Los ocupantes del otro coche comprendieron que los del Mercedes no estaban bromeando, y el coche pareció saltar, desplazándose de tal modo, tan bruscamente, que quedó la mitad fuera de la carretera mientras el Mercedes pasaba como una exhalación en dirección a Don Muang. Vuelto en el asiento de atrás, Uno vio como el otro coche conseguía regresar a la carretera con marcha atrás, y reemprendía velozmente la persecución.

Muy bien.

—Reduzca la velocidad.

Sing Ho obedeció. Número Uno tomó el tubo-fusil, y se asomó por la ventanilla trasera izquierda. Acomodó el tubo-fusil en su mejilla, fijando en ésta la culata de lo que normalmente era un secador de cabello, y apuntó un instante.

¡Fuuummn! Oyó el suave rebufo, al apretar el disparador.

Por detrás de ellos, el otro coche se convirtió súbitamente en una enorme bola de fuego, que giró, saltó en el aire describiendo una vuelta completa, cayó fuera de la carretera, rebotó y describió otra vuelta y otra más.

El piloto del helicóptero vio aquella mancha de fuego por debajo del aparato, la señaló con gestos rápidos y repetidos En el doble asiento de atrás, Nem Phan y el hombre que les acompañaba se inclinaron un poco y vieron la bola de fuego cuando ya se había detenido en un campo. Al rojo resplandor se veía relucir el asfalto de la carretera, en la cual se veían pares de luces en ambas direcciones. En la dirección que seguían ellos, al fondo las luces de Bangkok.

—Parece que Fong ha hecho su parte —dijo el piloto.

—Si —dijo Nem Phan—. Pero también puede ser un simple accidente auténtico Sigamos hacia Bangkok, tenemos que llegar cuanto antes al jardín del templo.

—No hay problema, Yun Lai. Estaremos allí en menos de dos minutos.

—Así lo espero —asintió Nem Phan.

Efectivamente apenas habían transcurrido los dos minutos cuando ya estaban volando sobre la ciudad. Y en menos de medio minuto más, el helicóptero estaba sobre el Templo de las Mil Armonías.

—Pasa tras los asientos; pronto —dijo Nem Phan al chino que iba sentado junto a él.

—Sí Yun Lai.

El helicóptero comenzó a descender, tras apagar todas las luces. Cuando se posó en el jardín del templo, en el aparato parecía que sólo viajaban Nem Phan y el piloto.

Un bonzo apareció, bajo la gran galería, corriendo hacia el helicóptero. Se metió bajo las aspas, inclinando la cabeza, subió a bordo ágilmente, se sentó en el asiento de atrás, junto a Nem Phan, el cual le apuntó inmediatamente con una pistola, sonriendo fríamente.

—Bienvenido a bordo, Li Si… ¡No eres Li Sing Ho!

El bonzo le estaba mirando, y Nem Phan vio sus grandísimos ojos, llenos de chispas de luz.

—No entiendo el chino, Nem Phan —dijo.

—¡Usted no es Li Sing Ho! —repitió Phan, en inglés.

—Oh, bueno, es cierto Pero usted tampoco se llama Nem Phan, ni es vietnamita. Estoy segura de que es chino. En cuanto al nombre puedo llamarlo Chin-Chan-Chon, si quiere. ¿O prefiere decirme su verdadero nombre?

El helicóptero se estaba elevando, mientras el piloto volvía su estupefacto rostro hacia el asiento de atrás. Nem Phan lanzó un reniego en chino, alzó la mano izquierda, hundió las uñas en la afeitada cabeza del bonzo, y dio un tirón. El perfecto casco de caracterización que cubría la cabeza del bonzo fue arrancado, y una larga mata de cabellos negros apareció, desparramándose.

—¡Usted es la compañera del *Signore*!

—En efecto. Observo que los hombres que nos siguieron al ruso

Malenko y a mí, y que lo mataron a él, me describieron muy bien a usted Chin-Chan-Chon.

—Llámeme Yun Lai —gruñó Phan—. No comprendo lo que pasa. ¿Qué pretende usted con todo esto? ¿Está loca?

—No creo. ¿Sabe que esta túnica de bonzo me sienta muy bien? Voy a encargar a mi modista un par iguales, cuando regrese a Estados Unidos.

—¡Usted no regresará a Estados Unidos!

—Oh, sí lo haré. Me gusta Asia, me gusta todo el mundo en el que vivo… pero siempre acabo por volver a la patria. Aunque quizá algún día la abandone para siempre. ¿Quiere que hablemos en serio, Yun Lai?

—Se lo ordeno —movió Phan la pistola:

—¿Me lo…? Ah, ya. Bueno, pues voy a ser obediente. Por sí le interesa saberlo, Li Sing Ho está en estos momentos a salvo, con sus escritos, en los que explica detalladamente cierto proyecto de China…

—Li Sing Ho, y el hombre están muertos ahora —cortó secamente Yun Lai-Nem Phan.

—No… ¡No!

—Sí. Algunos de mis hombres se han encargado de ellos… Aunque creían que era usted quien viajaba con el *Signore*.

—No lo han matado… ¡No, no, no!

—Por supuesto que sí.

—Entonces ¿todo es cierto?

—¿A qué se refiere? —Alzó las cejas Yun Lai.

—Por un momento, llegué a creer que Li Sing Ho y usted estaban trabajando juntos, tendiendo una trampa a la CIA. Pensé que usted había ido a Europa en busca de un americano, convencido de que sería un agente de la CIA el que buscaría contacto con usted. Y el *Signore*, naturalmente, le había convencido.

—No comprendo. ¿Qué clase de trampa?

—Considerando la personalidad que tiene Li Sing Ho en el Lien Lo Pou, no tenía por qué creer otra cosa: que ustedes estaban tramando introducir en la CIA, y por tanto en Estados Unidos, determinada información falsa, a fin de proceder a un plan muy bien elaborado.

—Entiendo.

—Pero no es así, ¿verdad? Lo cierto es que Li Sing Ho escapó de China hace unos meses, llevándose determinada información, que realmente China no quiere que trascienda. Esa información es la que Sing Ho llama «sus escritos». Yo, creyendo que les seguía el juego a ustedes hasta ver adonde querían llegar, le dije a Li Sing Ho que podía sacar sus escritos cuando el *Signore* pasase a recogerlo. Le dije que lo pondría a salvo a él y a sus escritos. Él no quiere enseñarlos a nadie. Sólo quiere que China sepa que los tiene, y que si China inicia determinado proyecto, él avisará a los americanos. Por eso, cuando Sing Ho se marchó de China, su búsqueda comenzó inmediatamente. Y fue localizado en Bangkok, en un templo. Usted, por supuesto, también un importante miembro del Lien Lo Pou, fue el encargado de sacar de Bangkok a Sing Ho, pero, sobre todo, asegurándose de que la información que pudiese haber escrito Sing Ho no pasase a manos de nadie. Así pues, se encontró con las manos atadas: si atacaba directamente el templo, Sing Ho comprendería, y lo que haría sería suicidarse, tras asegurarse de que sus escritos, de un modo u otro, partirían hacia Washington. Era demasiado riesgo Entonces, tuvo usted la luminosa idea: poner en contacto con Li Sing Ho a un americano que le dijese ser de la CIA, y que lo convenciese, de tal modo, que usted pudiese atrapar a Sing Ho con vida, e impidiendo que sus escritos llegasen a manos de nadie. Conseguido esto, todo lo que tenía que hacer era quemar sus escritos, matar al americano aventurero, y hacer lo mismo con Sing Ho, o quizá llevarlo a China. ¿No es así?

—En efecto.

—Pues ha fallado, Yun Lai. Y ello, porque yo sospeché que ustedes podían estar jugando sucio. ¿Sabe porqué sospeché? Fíjese bien en cuántos detalles se fueron sumando Uno, me sorprendía que un vietnamita como decía ser usted dispusiera de tanto dinero, y me sorprendía también que no hubiese recurrido directamente a la CIA en Saigón o Hanoi, por ejemplo. Lo cual, claro está, si mis sospechas eran ciertas, no podía interesarle a usted. Dos, me sorprendió que los rusos le atacasen a usted. ¿Por qué hacerlo, si ellos estaban convencidos de que a quienes tenían enfrente era a los chinos? Luego, cabía pensar que usted era chino, y que lo que ellos querían, conociéndole, era hacerle naufragar, recogerlo, y llevárselo para

interrogarle respecto a qué hacia usted en Bangkok, y por qué algunos chinos del Lien Lo Pou, a los que los rusos conocían; quizá tan bien como a usted mismo, estaban vigilando el Templo de las Mil Armonías. Tres, la muerte de Grigori Malenko, de la MVD. Podían haberlo matado los chinos o los sudvietnamitas, pero me dije que los vietnamitas no tenían por qué liquidar a un ruso que, como ellos, vigilaba el templo, simplemente. En cambio, sí tenía sentido que los chinos, molestos, hubiesen eliminado a Malenko, aprovechando que yo lo dejé dormido en la choza. Cuatro, ¿por qué no me mataron a mí? Pues porque comprendiendo que no era rusa, querían saber quién era y con quién me relacionaba. ¡Sorpresa! La mujer de los ojos azules se relacionaba con el *Signore*. Por el momento, pues, no convenía molestarme, ya que, evidentemente, trabajaba para él, y no convenía perturbar cualquier plan que él estuviese organizando para sacar vivo del templo a Sing Ho, con sus escritos. Cinco, usted; como Nem Phan, sabía que Li Sing Ho podía proporcionar determinada información muy importante con sus escritos. Y, en cambio, según Sing Ho solamente los chinos podía saber eso. Por lo tanto; usted, o era chino o trabajaba para los chinos. Sólo que, para evitar que la CIA se interesase realmente por el asunto, no dijo que el hombre del templo era un importante jefe del Lien Lo Pou, sino un general chino, criminal de guerra, que no sabía nada de nada, y con el cual se trataba, simplemente, de cumplir una venganza. No sé si me he expresado bien, Yun Lai.

—¿Quién es usted? —murmuró Yun Lai.

—La compañera del *Signore*.

—¿Y qué más? ¿Quién más es usted? ¿Quién es, por sí misma?

—Interesante pregunta. Quizá se la conteste, si usted contesta antes a una mía: ¿qué clase de información posee Li Sing Ho?

—Ya, ninguna. Él, sus escritos, y el *Signore* son sólo cenizas. Y usted, que ha cometido la temeridad de ponerse en mis manos, pronto será, también, solamente un puñado de cenizas. Debe estar loca.

—No. Si he subido a este aparato ha sido para asegurarme de que los escritos de Li Sing Ho son auténticos, que no es ningún truco del Lien Lo Pou para introducir falsa in formación en la CIA. Ahora ya sé que esa información sobre China es auténtica, y quiero saber cuál es.

—Está perdiendo el tiempo. Usted, simplemente, va a morir.

—¿Realmente me cree tan estúpida como para haber subido a este aparato, sin asegurarme la retirada? Vamos, Yun Lai. ¿De qué había de servirme saber la verdad sobre Li Sing Ho, si luego no podía beneficiarme de ella?

—¿Cómo cree que va a poder escapar de este helicóptero?

—Usted me bajará a tierra. Una vez allí, Li Sing Ho, el *Signore* y yo nos iremos, y usted se quedará con los escritos de Sing Ho.

—Sing Ho y el *Signore* han muerto. Los escritos han sido devorados por el fuego.

—Debajo de la túnica llevo una pequeña radio. ¿Me permite utilizarla?

—¿Para qué?

—Para llamar al *Signore*. Unos cuantos chinos no han podido terminar con él. Ni en sueños, Yun Lai.

—¿No? Está bien, llámelo.

Brigitte sacó la pequeña radio que llevaba colocada entre los senos y sujeta con esparadrapo. Apretó el botoncito de llamada.

—¿Sí? —Sonó la voz masculina.

—¿Estás bien, mi amor? —musitó Brigitte.

—Desde luego. ¿Cómo te va con Phan?

Baby miró a éste, sonriendo irónicamente al verlo tenso, prietos los delgados labios.

—Oh, creo que acabaremos por entendemos. Su verdadero nombre es Yun Lai. Pregúntale a Sing Ho si lo conoce.

—Un momento —hubo apenas diez segundos de silencio, antes de volverse a oír la voz de Angelo—. Dice que lo conoce muy bien. Es del Lien Lo Pou, naturalmente, aunque no un investigador-espía, sino un ejecutor volante.

—Entiendo. ¿Dónde estáis ahora?

—Camino de la choza que seleccionamos esta mañana. ¿Vas a tardar mucho?

—Sólo el tiempo necesario para convencer a Yun Lai de que le conviene mi trato. Si no lo acepta, marcharos, y entregad esa información a la CIA si alguna vez China intenta lo que Sing Ho sabe. Todo lo que nos ha contado es cierto. Adiós, mi amor.

—Te estaré esperando.

Brigitte Montfort tragó saliva, angustiada. No por sí misma, sino

por la angustia terrible que debía estar pasando Número Uno en aquellos momentos, pese al tono natural, casi frío, de su voz.

—Adiós —musitó.

Cerro la radio y miró de nuevo a Yun Lai. Éste tardó, casi un minuto en establecer las condiciones:

—Su vida de usted a cambio de la de Li Sing Ho y sus escritos. ¿Qué decide?

Baby aspiró profundamente, y movió la cabeza, asintiendo.

—Es un asunto absurdo Sería una idiota, si no aceptase.

—Guíenos hacia esa choza.

Capítulo X

El helicóptero tomó tierra a poca distancia de la casa de troncos, dentro de la cual se veía luz. Estaba cerca de un camino que arrancaba de la carretera entre Bangkok y Den Muang a la derecha, y seguramente, desde ella se veía llegar y partir todos los aviones que hacían escala en Bangkok.

Cuando el helicóptero tomó tierra, la puerta de la choza se abrió, apareció el *Signore*, que permaneció inmóvil, mirando el helicóptero, mientras dos chinos que habían saltado de éste, se acercaban a él. Tampoco se movió cuando le quitaron la automática. Se limitaba a mirar hacia el helicóptero.

Uno de los chinos se volvió, haciendo señas y Brigitte saltó del helicóptero seguida de Yun Lai, que seguía apuntándola con una pistola. El otro chino entro en la choza. Y cuando entraron los demás, lo vieron apuntando con la automática de Número Uno al impasible Li Sing Ho, que estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas. Li Sing Ho miro a Brigitte, y murmuró:

—Su desconfianza hacia mí nos ha colocado a todos en una situación difícil, Baby.

—Lo siento.

Yun Lai había respingado fuertemente, perdida la impasibilidad, miraba con expresión poco menos que desorbitada a Brigitte.

—¿Baby? —Casi gritó—. ¿Usted es Baby?

—Si.

—Pero —Yun Lai miró a Angelo—. Entonces ¿quién es él?

—Número Uno.

—¿El agente de la CIA que desapareció en Europa, hace algunos años?

—Sí.

—No es posible. ¿Qué es lo que ocurre aquí? Voy a Europa en busca de un aventurero americano, y me pongo en las manos de

Número Uno y de Baby. ¡No comprendo!

—Tranquilícese. A fin de cuentas, cuando Uno aceptó su trabajo también nosotros dos nos pusimos, sin saberlo, en manos del Lien Lo Pou. No nos compliquemos más la vida. Simplemente, cumplamos nuestro trato. Ahí tienen a Sing Ho, y él mismo tiene sus escritos. Ahora, Número Uno y yo nos vamos. ¿No fue ése el trato?

—Si —sonrió Yun Lai—. Ese fue el trato.

—Pero no piensa cumplirlo ¿verdad?

—Sea razonable —amplió su sonrisa Yun Lai—. Tengo en mi poder el mejor triunfo de mi historial: he encontrado y capturado vivo a Li Sing Ho, el traidor, tengo sus escritos, también he capturado a Baby. Póngase en mi lugar. Usted dejaría escapar una pieza tan importante como es usted misma.

—Si lo hubiese convenido así, desde luego. Pero ya me temía que usted no lo haría, Yun Lai. Tampoco creo que su amigo del helicóptero —señaló al chino que había viajado oculto detrás de asiento— sea mejor que usted. Él si es un autentico asesino. Y cuanto más fácil sea asesinar, mejor.

—¿Qué quiere decir?

—Dígale que extienda su mano izquierda.

Yun Lai miró al otro chino, que extendió la mano izquierda. El rojo destello de un rubí apareció. Yun Lai miró la sortija que adornaba la mano del otro, y de nuevo a Baby.

—Sigo sin comprender.

—Esa sortija la tenía Malenko, cuando fue asesinado brutalmente. Lo que me demuestra la clase de acompañante que tiene usted, Yun Lai. Y supongo que el piloto del helicóptero no es mejor que ustedes dos.

—¿Que se propone usted? ¿Juzgarnos? —Yun Lai estaba desconcertado.

—En realidad, no vale la pena. Todo lo que procede hacer con ustedes es ejecutarlos. Dispare ya, Simón.

Hubo una fracción de segundo de sorpresa. El tiempo que tardó en aparecer en la ventana el agente de la CIA, alzando la pistola. El primer disparo brotó de su pistola, y fue a dar en el centro de la frente del chino, que tenía en su mano izquierda la pistola de Número Uno, tirándolo piernas hacia arriba cabeza hacia abajo,

como un muñeco.

Por su parte Número Uno saltó hacía el otro chino, descargó un escalofriante puñetazo en pleno rostro oriental, que tiró al hombre hacia un rincón, rodando por el suelo, pero sin soltar la pistola. Rebotó allí, se colocó de rodillas, manchado el rostro de sangre, y alzó la mano armada, con la pistola. Sus ojos estaban tan turbios que no cabía admitir que estuviese viendo nada más allá de sus aplastadas narices, y ello, como simples sombras. Ni siquiera sabía hacia dónde apuntaba, y mientras Número Uno, comprendiendo esto, se apartaba rápidamente de la trayectoria de la bala para ir en ayuda de Brigitte, que había saltado hacia Yun Lai, y Simón Bangkok apuntaba con frialdad al chino, Li Sing Ho se encontró de lleno en la línea de tiro del sangrante compatriota; así que optó por apartarse rápidamente lanzando una exclamación.

—¡Va a disp…!

Plop, chascó la pistola de Simón-Bangkok, justo en el momento en que Li Sing Ho, para esquivar la bala del otro chino, cruzaba ante ella.

Li Sing Ho lanzó un alarido y rodó por el suelo.

El desconcertado Simón le miró, y palideció. El chino de la nariz aplastada disparó en aquel momento, y la bala fue a hundirse en uno de los troncos de la pared.

Era todo como en una escena filmada, como un gran escenario, en el que cada actor sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

—¡Yo puedo sola! —le gritó Brigitte a Uno.

En el momento en que lo decía, tras descargar un *atemi* en el brazo de Yun Lai, que hizo saltar la pistola de su mano, lanzaba las dos suyas hacia el chino, y lo asía por la ropa del pecho.

Número Uno, seguro ya de que Brigitte no le necesitaba, caía de rodillas donde estaba su pistola, la asía con agilísimos dedos, y la alzaba hacia el chino de la mirada turbia.

Plop.

La mirada del chino se enturbió aún más, al recibir la bala en pleno corazón. Fue empujado hacia atrás, pero rebotó sobre sus dobladas piernas, y cayó fuertemente hacia adelante…

… Mientras Brigitte efectuaba el devastador *uchi-mata* contra Yun Lai, que salió disparado por encima de la cadera de la espía y fue a estrellarse contra la pared, con tal fuerza que toda la choza

tembló y crujió. Tras el choque, Yun Lai cayó al suelo, se colocó de rodillas, y recibió en pleno estómago el puntapié de Número Uno, que lo dejó como muerto, tendido de lado en el suelo, demudado el rostro de un color de leche sucia.

Brigitte ya lo había olvidado. Corrió hacia Li Sing Ho, que tras haber rodado por el suelo, quedó tendido de bruces; inmóvil. En la ventana; Simón consiguió reaccionar, aterrado, y entró en la cabaña.

—¡Se ha puesto en la línea, de tiro! —exclamó—. ¡No le…!

—Cálmese —gruñó Uno—, todos sabemos lo que ha pasado.

Simón se mordió los labios, y permaneció inmóvil. Número Uno ayudó a Brigitte a volver boca arriba a Sing Ho, cuya mirada parecía cubierta por una fina tela de gasa. Brigitte y Uno cambiaron una rápida mirada.

—La culpa —jadeó Sing Ho— ha sido… mía…

—No se preocupe, Sing Ho —murmuró Brigitte—. Saldrá de ésta. Lo llevaremos inmediatamente a Bangkok.

—No. ¡Qué modo, tan estúpido… de morir…! Baby, quiero…, quiero que se encargue… de mis escritos… Es un plan organizado en Pekín para provocar conflictos bélicos en el Sudeste de Asia, de tal… de tal envergadura que… que permitiría a China intervenir directamente El plan de expansión abarca toda la península. China quiere unir todo el Sur de Asia para atacar Siberia, y expulsar a los rusos para siempre de Asia, al otro lado de los Urales.

—Eso es imposible —musito Brigitte—. Es una barbaridad, Sing Ho. Significa una guerra espantosa, antes de que China tuviese una pequeña probabilidad de conseguir esa unión…

—Lo sé. Para entonces nadie querría saber nada con China, y ésta volvería: a quedar aislada y denostada. Si venciese, podría dictar condiciones. Pero el mundo se enteraría de los proyectos de China antes de que consiguiese la victoria… China volvería a sufrir mil calamidades que… que no deseo… Impida que ataquen… Impida que…

—¿Debo avisar a Washington, quizá? ¿Es eso lo que me está pidiendo, Sing Ho?

—No Usted tiene que tomar mi relevo. Quédese con mis escritos, haga… haga una fotocopia de ellos, y envíela al Lien Lo Pou. Diga que…, diga que conoce sus planes, y que no dirá nada, si China

permanece pacífica, pero que si usted ve tan sólo el primer paso de esa agresión bélica, avisará a las Naciones Unidas. Amenáceles para que para que se estén quietos en China, pensando en China, amando a China dentro de China, sin buscar más guerras ni muertes, en este mundo que…

Li Sing Ho no dijo nada más.

Brigitte le cerró los ojos segundos después, y miró a Número Uno. Éste desgarró la túnica de color azafranado, dejando al descubierto el cuerpo del chino, hasta encontrar el rollo de papel, sujeto a la pierna derecha, a la altura del muslo, por unos finos cordeles, fortísimos. Retiró el rollo, lo desplegó, y lo mostró a la espía.

—Está en chino.

—No importa Vamos a disponer de un buen traductor. Simón, vea como está Yun Lai.

Simón-Bangkok asintió, y se acuclilló junto a Yun Lai Tras examinarlo brevemente, miro, sorprendido a Número Uno.

—Esta muerto. Lo ha matado de un puntapié.

—No se merecía mejor muerte, supongo —encogió los hombros Uno—. Pero nos hemos quedado sin traductor.

—Encontraremos alguno en Hong Kong —dijo Brigitte—. De todos modos, no hace falta traducir estos escritos para obtener fotocopias de ellos, ¿verdad? En Pekín entenderán muy, bien su contenido. Y comprenderán lo que pasa, cuando vean que cada uno de estos papeles está firmado por Baby.

—De acuerdo —dijo Uno—. Todo está preparado y previsto, así que sólo tenemos que tomar el helicóptero y volar hacia Singapur, para saltar desde allí a Hong Kong, en vuelo regular. No olvides que has aceptado cenar conmigo en el Sea Palace.

—No lo olvido —musitó Brigitte—. Podemos marcharnos cuando quieras, mi amor.

El desconcertado Simón les vio dirigirse hacia la puerta. Desde, allí, Baby le sonrió, y le tiró un besito con la mano.

—Adiós, Simón.

—Pero… ¿qué les digo a los rusos?

—Dígales que pueden venir aquí a recoger la sortija de Grigori Malenko y que les hemos ahorrado la venganza. De lo demás, usted no sabe nada. Invéntese cualquier cosa verosímil Por ejemplo, que

estos chinos tenían algo importante y que yo me lo he llevado. Lo creerán. Pero no les diga que fui yo quien disparó contra su lancha, deje que todo se lo carguen los chinos. A fin de cuentas, son ellos los que inventaron el proverbio que les ha resultado mortal: quien cabalga en un tigre, no puede desmontar cuando quiere. Y si desmonta que se atenga a las consecuencias.

Este es el final

Se llamaba Kao Ping, tenía casi sesenta años, y desde hacía más de veinte trabajaba para el servicio secreto chino, en Hong Kong. Exclusivamente en Hong Kong. Por lo tanto, no era de extrañar que todos los espías que llegaban a ésta ciudad supiesen en el acto quién era Kao Ping: el más veterano de todos los veteranos espías chinos en Hong Kong.

A decir verdad, nadie quería mal a Kao Ping. Hacía su trabajo, nunca buscaba complicaciones, y, en general, resultaba muy fácil de tratar.

Por eso, cuando Kao Ping vio la sombra ante él, no se sobresaltó, ni se preocupó. Lo que hizo, simple y lógicamente, fue mirar a la persona que; se interponía entre su mesa del restaurante y la luz.

Se quedó atónito. Podía esperar cualquier cosa, pero no la presencia de aquella hermosísima mujer de raza blanca y rubios cabellos, que le contemplaba amablemente. Era tan hermosa que Kao Ping creyó que ya había muerto, y que estaba en un extraño paraíso. Era tan hermosa, tan…, tan bellísima, que Kao, Ping se quedó sin respiración.

—¿Es usted Kao Ping? —preguntó ella, en inglés.

Ping sólo pudo reunir fuerzas para asentir con la cabeza. La visión celestial sonrió, y dejó sobre la mesa un pequeño paquete, no más grande que un estuche de cerillas, junto a este paquete dejó un sobre de tamaño corriente.

—En el sobre hay cien mil dólares para usted, puesto que su trayectoria de espía merece mi aprobación —dijo la rubia—. Disfrútelos con tranquilidad, Kao Ping. En la cajita hay unas cuantas tiras de microfilme, que quiero que lleve usted personalmente, cuanto antes, a Pekín, al Lien Lo Pou. Están firmadas en el original por Baby, que soy yo. Diga en Pekín que dispongo de los originales, y que los cederé a las Naciones Unidas, si los proyectos que figuran

en los microfilmes son iniciados. ¿Lo ha entendido?

Kao Ping volvió a asentir con la cabeza Lo había entendido muy bien, ¿pero, no se trataba de una broma? Sí, debía tratarse de una broma Alargó la mano, tomó el sobre y lo abrió. Estaba lleno de billetes de mil dólares.

Cuando Kao pudo salir de su pasmo, y alzó la cabeza, la rubia ya no estaba allí. Kao Ping miró a todos lados del restaurante donde solía acudir todas las noches, pero fue inútil. La bella rubia se había esfumado. Y mientras Kao Ping reflexionaba sobre el extraño asunto, tan inesperado, la bellísima rubia entraba en un Lincoln rutilante, sentándose junto a Número Uno, que la miró hoscamente.

—¿Ya está? —susurró.

—Sí.

—No entiendo por qué has tenido que darle mis cien mil dólares a un chino.

—¿Acaso no tienes más dinero?

—Sí.

—¿Acaso Kao Ping no es un espía digno de mi aprecio?

—Sí.

—¿O es qué ese pobre chino ha tenido alguna vez cien mil dólares?

—No.

—¿Y no te gusta hacer buenas obras?

—No.

La rubia se quitó la peluca, y la tiró al asiento de atrás, sin dejar de mirar a Número Uno. Se ahuecó la cabellera suavemente ondulada, y de pronto, sonrió, rodeó con sus brazos el cuello de Angelo Tomasini, y dijo:

—Mentira. Si no te gustase hacer buenas obras, no me amarías, ni me llevarías a cenar al Sea Palace…

—¿Amarte a ti es una buena obra? —Se pasmó realmente el afortunadísimo Angelo Tomasini.

—Claro —le besó ella en un lado de la boca, mientras susurraba —: porque si no me amases, me moriría mi amor. Hay un proverbio chino que dice: hay un instante para nacer, y un tiempo para morir… ¿Ha llegado mi tiempo para morir?

Número Uno se inclinó a besar los labios tiernos y sonrosados de Baby, en silencio.

Realmente, ella no necesitaba ninguna respuesta del *Signore*.

FIN